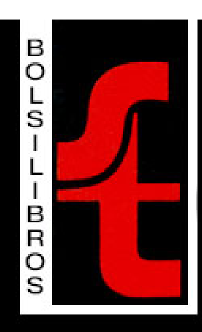


Selección

TERROR

BAJO LA VENTISCA

CLARK CARRADOS

Fuera, a diez o doce metros de distancia, una gigantesca sombra se movía con paso irregular, como desorientada en un terreno que le resultaba desconocido. Crest comprobó con asombro que medía al menos dos metros y medio de altura.

La falta de visibilidad dificultaba la percepción de detalles. ¿Era un oso de dimensiones descomunales?

Detrás de él, los perros ladraban desaforadamente. Aquel extraño ser captó de pronto la luz y se vino hacia la ventana. Instintivamente, Crest levantó la escopeta.

Durante un segundo, divisó un rostro horrible, unas facciones que no eran humanas, pero que tampoco correspondían con los rasgos de un animal conocido. ¿Llevaba ropas el ser o era su propia piel lo que veía?

De súbito, Crest oyó un grito a sus espaldas:

—¡El monstruo, el monstruo!

El ser dio media vuelta y, con velocidad increíble, se perdió en la oscuridad. Casi en el mismo instante, volvió a soplar el viento y su potencia hizo trepidar las paredes de la cabaña.

Crest reaccionó y se volvió hacia la joven para preguntarle por las causas de su grito, pero, con gran sorpresa, se la encontró tendida en el suelo sin conocimiento.



Clark Carrados

Bajo la ventisca

Bolsilibros: Selección Terror - 45

ePub r1.0

Titivillus 15.02.15

Título original: *Bajo la ventisca*
Clark Carrados, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Los primeros copos de nieve caían ya sobre el rostro del doctor Jim Crest cuando llegó a la puerta de su casa, acompañado de sus dos perros. *North* y *Utta*. Ciertamente, había nevado ya días antes, pero la capa que cubría el suelo era aún poco espesa y permitía caminar sobre ella sin dificultades.

Los perros ladraban alegremente. Crest se sentía fuerte y vigorizado, después del paseo que se había dado, prácticamente el único ejercicio que podía realizar en aquellos parajes. Cada vez que sentía la mente embotada, abandonaba su trabajo y se marchaba con los perros a caminar diez o quince kilómetros.

En la puerta, Crest se volvió y contempló el paisaje, borroso en parte hacia el horizonte, a consecuencia de las nubes bajas y de la nieve que caía. Le gustaba el panorama: una vasta llanura, con suaves colinas cubiertas de abetos, el lago cercano y las montañas que cerraban el horizonte a unos treinta kilómetros y que ahora ya no eran visibles.

Por otra parte, se encontraba muy a gusto en aquel lugar, debido a los trabajos que realizaba y que necesitaban cierta soledad y aislamiento. Claro que había un pequeño campamento de leñadores a veinte kilómetros al sudoeste y, al norte, al otro lado del lago, tenía a un vecino al cual sólo había visto una sola vez y aun así en visita de cortesía. El profesor Kahawan no parecía muy sociable y Crest no insistió en molestarle con más visitas, porque, además, también tenía su propio trabajo.

Inspiró profundamente y se llenó los pulmones de aire frío y vigorizante. Sí, creía haber acertado al elegir aquella zona del noroeste canadiense para sus investigaciones. Ahora iban a entrar en una temporada dura, pero en el verano aquellos lugares debían de ser maravillosos.

Un ladrido de los canes le arrancó de sus meditaciones. Terminó

de abrir la puerta y entró. Los perros dieron unos cuantos saltos a su alrededor.

—Sí, ya sé lo que queréis —sonrió, mientras se quitaba el recio chaquetón de pieles. En la pared de troncos había un par de raquetas de nieve, pero aún no había llegado el momento de utilizarlas.

La cabaña era grande, con varias habitaciones. Los muros exteriores eran de una doble capa de troncos de quince centímetros de grueso, profundamente hincados en el suelo. Era una sólida construcción, realizada a conciencia por un entendido en la materia, capaz de resistir los mayores temporales de viento y de nieve.

En la sala principal había una gran chimenea. A la derecha, una puerta, con una pequeña abertura en la parte inferior, comunicaba con el cobertizo donde Crest tenía almacenadas varias toneladas de leña y en donde guardaba las provisiones, además de algunos bidones de petróleo. Salvo para la radio, elemento indispensable en aquellas latitudes, o en algunos pequeños aparatos de su laboratorio, no se empleaba la electricidad en aquella casa.

Por otra parte, entre las dos capas de troncos había otra de tierra, lo que proporcionaba un gran poder aislante a la casa. Con sólo algunos leños en la chimenea se obtenía una agradable temperatura interna. Por si fuera poco, Crest disponía también de un par de estufas de petróleo, que no había necesitado usar todavía.

Los perros devoraron en pocos instantes su ración de comida. Luego, satisfechos, se tendieron sobre las pieles que había frente a la chimenea.

Fuera, el viento rugió sordamente, atenuados sus bramidos por el grosor de las paredes y el tejado del edificio. Crest consultó el barómetro y lo vio a la baja, cosa que le pareció lógica.

Luego fue a su laboratorio y estudió algunos tubos de ensayo, que había dejado sometidos a distintas temperaturas, para apreciar con un simple vistazo sus reacciones. Le pareció que no era hora todavía de hacer mayores comprobaciones y regresó a la sala.

Las puertas de las otras estancias estaban abiertas, a fin de que se propagase a ellas el calor de la estancia. Crest vestía un *pullover* de cuello abierto, con una gruesa camisa de lana debajo, pantalones de recia tela y botas de media caña. Fue al cobertizo y volvió con una carga de troncos, parte de los cuales fueron a parar a la

chimenea.

Los postigos estaban cerrados. El constructor de la cabaña había tenido una excelente idea, al hacerlos movibles desde el interior, sin necesidad de tener que abrir ninguna ventana, por un ingenioso sistema de cables y poleas. De este modo, además, los cristales quedaban protegidos contra los embates de alguna ráfaga de viento más poderosa de lo corriente.

Crest empezó a pensar que ya era hora de preparar su cena. Afuera, la temperatura bajaba lenta y persistentemente. Crest recordó con delicia sus últimas vacaciones bajo el cálido sol del sur de España. Dos climas completamente distintos, dos formas de existencia absolutamente diferentes.

De súbito, creyó oír un fuerte silbido en el exterior. Pensó primero que se trataría de una ráfaga de viento, pero el sonido se acentuó.

A Crest le recordó las películas de guerra: alguien había disparado un cañonazo y la granada estaba a punto de caer en las inmediaciones. En todo caso, el impacto se produjo lejos de la cabaña, con un ruido sordo, que, en modo alguno se parecía a la explosión de un proyectil de artillería.

El suelo trepidó ligeramente. Por la dirección del ruido, Crest pensó que cualquiera que fuese la cosa que había caído de lo alto, lo había hecho en las inmediaciones de la residencia del profesor Kahawan.

De pronto, se sintió preocupado. Podía tratarse de algún avión accidentado. Lo mejor sería entrar en contacto con Kahawan.

Fue a la radio y la puso en funcionamiento. Como todos los que residían en aquellos apartados sectores, Kahawan disponía de un aparato ultramoderno, con una señal acústica para indicar se recibía una llamada.

La chirriante voz de Kahawan sonó a los pocos instantes:

—¿Quién me llama?

—Profesor, soy Jim Crest. Le ruego me dispense la molestia, pero he oído algunos ruidos extraños en dirección a su casa y sospecho pueda tratarse de algún accidente de aviación.

—Allí, sí, yo también he visto algo, pero me parece que se trata de un meteorito.

—¡Un meteorito! —resopló Crest—. Entonces, debe de ser muy

grande, porque hasta aquí ha llegado la trepidación producida por el impacto.

—A mí me ha roto unos cuantos cristales —se lamentó Kahawan —. Pero no se trata de un accidente de aviación, porque, de lo contrario, aún estaría viendo humo y llamas y no se divisa nada de eso.

—¿Ha caído muy lejos de su casa?

—A unos dos mil quinientos metros, calculo. La distancia hasta la suya es de unos cinco kilómetros, doctor.

—Entonces, mañana iré a ver…

Sonó una risita.

—¿Con la ventisca que se avecina? Ni lo sueñe, doctor, tenemos encierro para un par de semanas, por lo menos. Tendremos que esperar a que mejore el tiempo; son los últimos coletazos del invierno y dicen que siempre son los peores. Buenas noches, colega.

—Buenas noches, profesor.

Pero Crest no se había quedado muy tranquilo con las explicaciones de Kahawan. Sin saber por qué, de una manera instintiva, presintió cierta falsedad en las palabras que acababa de escuchar.

* * *

La señal acústica sonó en la cabaña, Cuando Crest no había tenido tiempo de tomar una decisión. Fue hacia la radio, tocó la tecla de contacto y agarró el teléfono.

—Doctor Crest —dijo.

—Hola, doc —sonó una voz fuerte y resuelta—. Soy Gillais. ¿Molesto?

—En absoluto, amigo mío —rió Crest. Pierre Gillais era el jefe de los leñadores de Camp Shawanee, un hombre en quien se podía confiar en cualquier circunstancia—. ¿Ocurre algo, Pete?

A Gillais, pese a ser francocanadiense, le gustaba le llamasen Pete.

—Hemos oído un ruido raro, hacia su cabaña, doctor. ¿Se trata de un avión caído?

—No. Yo también lo pensé en un principio y he hablado con el

profesor Kahawan, pero me ha dicho que se trata de un cuerpo celeste, un meteorito que ha caído sobre nuestro planeta.

—Debe de ser bastante gordo, doctor —manifestó Gillais—. Rob Cutcheon dice haber visto una raya de fuego en el cielo que descendía muy rápida y oblicua, aunque no vio más tarde ningún fogonazo indicador de una explosión.

—¿Lo ha visto desde ahí, Pete? —Se asombró Crest.

—Oh, no, señor; Bob estaba relativamente cerca de su cabaña, hacia el Oeste y ese meteorito casi le afeitó el gorro de pieles. Bueno, Bob ha sido siempre un poco exagerado, pero no cabe duda de que lo haya visto.

—¿Qué hacía Bob por estos andurriales?

—Estaba recogiendo unos troncos con uno de los orugas del campamento. Como el vehículo tiene radio, le llamé para ver si sabía algo.

—Entiendo. ¿Puede decirle a Bob que se desvíe un poco para hablar conmigo?

—Lo siento, doctor; hace rato que ha emprendido el regreso y tendría que retroceder demasiado. Ya le diré que le llame cuando vuelva, porque con su aparato de radio no puede contactar con usted.

—Está bien, Pete. De todas formas, haga el favor de llamar al aeródromo de Edmonton. Si falta algún avión, ellos tienen que saberlo ya.

—Sí, doctor.

Crest cortó la comunicación de nuevo. El rumor del viento llamó a sus oídos.

La ventisca se acentuaba. Fue a una de las ventanas y bajó el postigo. Miríadas de copos de nieve se estrellaron contra los cristales, de un grosor superior al doble de los corrientes.

Era imposible ver nada de lo que sucedía en el exterior. Y así estarían, se dijo melancólicamente, un par de semanas por lo menos.

Cargó la pipa y la encendió. Luego se sentó en un cómodo butacón junto al fuego. *North* abrió un ojo y le miró. Luego se estiró voluptuosamente. A su lado, *Utta* roncaba satisfecha.

CAPÍTULO II

Un fuerte ladrido le despertó sobresaltado, varias noches más tarde.

—*North*, maldita sea, déjame dormir —gritó, irritado.

Utta ladró también. En la oscuridad de su dormitorio, Crest se sintió de pronto preocupado.

Los perros no ladraban nunca sin motivo y menos los suyos, dos animales de gran tamaño, ninguno de los cuales pesaba menos de cuarenta y cinco kilos. *North* incluso alternaba los ladridos con los gruñidos, nada pacíficos por cierto.

Algo sucedía, se dijo, mientras encendía la luz. Saltó de la cama, se puso los pantalones y metió los pies en las botas.

Con la lámpara en la mano, caminó hasta la sala. Los canes se hallaban junto a la puerta. *Utta* incluso la rascaba con una pata, como queriéndole pedir que la abriese. Maquinalmente, Crest consultó la hora: pasaban ya de las doce de la noche.

Por precaución, tomó una escopeta de dos cañones, cargada con gruesas postas. Un disparo certero, a pocos pasos, podía derribar incluso a un oso.

Sujetando el arma con la mano derecha, quitó la tranca de seguridad y luego soltó la aldaba de cierre. Una racha de viento y una cosa sólida empujaron la puerta, lanzando al interior una turbonada de nieve.

Algo entró de golpe en la cabaña, aunque quedó a medias en el umbral. Enormemente asombrado, Crest vio un cuerpo humano.

Pero reaccionó enseguida. Dejó la escopeta a un lado, arrastró a aquella persona hasta el interior y luchando contra la fuerza de la ventisca, consiguió cerrar de nuevo.

Luego se arrodilló junto al caído, cuya capucha le cubría por completo la cabeza. Al quitársela, vio con asombro que se desplegaba una abundante cascada de cabellos negros como el

azabache.

La piel, por contraste y no sólo debido a la baja temperatura externa, era muy blanca. «¡Una mujer!», exclamó Crest, asombrado, sin poder contenerse.

Ella parecía muy afectada por el frío. Sus labios tenían casi la blancura del resto de la cara. Estaba inconsciente y respiraba con algunas dificultades.

Crest la llevó junto a la chimenea, tendiéndola sobre las pieles. Reavivó el fuego, arrojó media docena de troncos y luego despojó a la desconocida del grueso chaquetón de pieles que, podía decirse, le había salvado la vida.

Puso un cojín bajo su cabeza, aunque no la tapó con mantas: la proximidad del fuego era más que suficiente. Luego corrió a encender la cocina y puso agua a calentar.

Regresó a la sala. La desconocida era joven, unos veinticuatro años como máximo. Parecía de buena estatura y muy esbelta. A Crest no se le alcanzaba cómo una persona y menos aún una mujer, podía moverse a horas tan intempestivas por el exterior y con un tiempo tan infernal.

Estaba calzada con unas botas no muy apropiadas para las circunstancias y vestía unos pantalones de fuerte lana. Crest la descalzó y empezó a friccionarle los pies, en los que, no poco aliviado, vio no había síntomas de congelación.

Ella respiraba ahora con cierta regularidad. Crest le tomó el pulso y lo encontró ligeramente taquicárdico, aunque sin síntomas alarmantes. Buscó el fonendoscopio, desabrochó su camisa de lana y la auscultó.

Las condiciones físicas, salvo por la pérdida del conocimiento, parecían aceptables. La temperatura, que había bajado algo al menguar el fuego de la chimenea, subía de nuevo al arder los troncos con vivas llamaradas.

De pronto, ella lanzó un hondo suspiro y abrió los ojos. Miró a su alrededor con expresión ausente y vio un rostro humano a poca distancia.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Segura y a salvo, señora —sonrió Crest—. No se preocupe de nada; dentro de unos minutos se sentirá completamente bien.

La joven miró hacia la chimenea.

—Me he salvado —musitó.

—Una pregunta, señora —dijo Crest—. ¿Había alguien más con usted cuando, sin duda, se extravió por ahí afuera?

—No —contestó ella.

Tranquilizado al respecto, Crest fue a la cocina. Preparó café y volvió a la sala, con una bandeja en las manos. La bella desconocida continuaba todavía en la misma posición.

Crest dejó la bandeja sobre una mesita. Luego dijo:

—Voy a colocarla en un sillón; estará más cómoda.

—No se moleste…

Pero Crest no le hacía caso. Con toda facilidad, la levantó a pulso, dejándola en el mullido butacón que solía ocupar durante sus descansos. El mueble estaba provisto de unas ruedas casi invisibles y lo acercó todavía más al fuego. Ella estiró las piernas complacidamente, sin sorprenderse de ver sus pies desnudos. Crest los envolvió con una cálida piel de oso y luego se acercó a la mesita.

Preparó dos tazas de café, en una de las cuales puso unas gotas de *brandy*. Entregó ésta a la joven y luego se dispuso a consumir el café de su taza.

—Ah, dispense —exclamó de pronto—. Todavía no me he presentado. Soy el doctor Crest, Jim Crest.

—Aline Rambault —dijo la joven.

Crest observó complacido que los colores volvían al hermoso rostro de Aline. Después de tomar el café, empezó a cargar la pipa.

—Tendrá que disculpar mi curiosidad, señorita Rambault —dijo —. Pero si no tiene inconveniente, me gustaría saber de dónde viene usted.

—No lo sé —fue la sorprendente respuesta de la joven.

* * *

Un tronco se partió con ligero chasquido y envió a lo alto miríadas de chispas. Con el atizador, Crest arregló el fuego. La ventisca rugía en el exterior.

Aline permanecía silenciosa, contemplando las llamas con expresión abstraída. A Crest le hubiera gustado salir al exterior,

para examinar el vehículo en que, seguramente, había llegado la joven, pero no quería arriesgarse con aquel tiempo y menos de noche. A cincuenta pasos de distancia, podía perderse con toda facilidad en la ventisca.

—Bien —dijo, pasados unos minutos después de la asombrosa respuesta de Aline—. No sabe de dónde viene, pero ¿cómo ha venido?

—A pie, naturalmente —respondió ella—. Me sentía ya agotada y exhausta, cuando, literalmente, tropecé con esta casa. Llamé, golpeando los troncos, pero no obtuve respuesta. Tanteando, encontré la puerta… y eso es todo lo que recuerdo.

—Yo dormía y gracias a los perros se ha salvado usted —manifestó Crest—. Por otra parte, las paredes de la cabaña son de un grosor extraordinario, doble capa de troncos, con otra de tierra muy comprimida entre ambas. No le extrañe, pues, que no oyera sus golpes; y si la puerta estaba atrancada, resulta lógico que no pudiera abrirla.

Aline sonrió.

—En tal caso, debo dar las gracias a sus perros —dijo.

Utta estaba a sus pies y alzó la cabeza. Ella se la acarició suavemente. *Utta* emitió un ronroneo de placer al sentir el contacto de la mano femenina.

—Realmente, así es, porque suelo tener el sueño muy profundo y más cuando, como hoy, había dado un largo paseo. Suelo hacerlo casi a diario, si el tiempo lo permite, claro —contestó Crest.

—Pero ¿vive aquí?

—Por una temporada, sí, señorita Rambault. Mañana llamare por radio a Camp Shawanee, un campamento de leñadores situado a veinte kilómetros de distancia. Desde allí podrán avisar a la persona o personas a quienes usted estime…

—No tengo que avisar a nadie, doctor.

Crest miró fijamente a la muchacha.

—¿No tiene usted familia? —preguntó.

Aline hizo un gesto negativo.

—Bien, pero tendrá alguna amistad… En fin, alguien se interesará por usted; sus jefes, si trabaja en alguna parte…

—Nadie se interesará por mí ni tampoco trabajo en ningún sitio donde me echen en falta —contestó Aline.

—¿Viene, tal vez, de casa del profesor Kahawan?

—¿Quién es ese profesor?

Crest hizo un gesto de resignación. Para sí pensó que tal vez Aline sufría un ataque de amnesia parcial, debido a las circunstancias porque había pasado antes. Una persona, hombre o mujer, no podía aparecer en aquellos parajes y en medio de la ventisca, como caída del cielo.

—Muy bien —dijo—. Por el momento, pues, no le queda otro remedio que alojarse aquí. Si no tiene inconveniente, iré a prepararle la única habitación de huéspedes de que dispongo.

—Puedo pasar aquí el resto de la noche…

—Señorita Rambault, soy médico y sé lo que le conviene —respondió él, tajante.

Aline sonrió hechiceramente.

—En ese caso, no me queda más remedio que obedecerle —dijo.

De súbito, *North* se puso en pie de un salto y lanzó un agudo ladrido. A su lado, *Utta* emitió un agudo lamento, como si se sintiese repentinamente presa de un ataque de terror.

Crest frunció el ceño.

—¿Qué sucede, doctor? —preguntó Aline.

La pipa de Crest quedó a un lado.

—Quizá alguna fiera que merodea —contestó—. He visto osos en más de una ocasión y, por supuesto, también lobos y zorros. Acaso se trate de un wapití o de un alce… pero lo mejor será tener la escopeta a mano.

La perra se había tendido de nuevo sobre la alfombra y gemía sordamente. *North*, en cambio, iba y venía por la sala, lanzando cortos y feroces ladridos, a la vez que agitaba la cola con indudables síntomas de cólera.

Crest decidió abrir primero una de las ventanas, antes de arriesgarse a sufrir el ataque de alguna bestia, si abría la puerta. Hizo que descendiera el postigo y pegó la nariz a los vidrios.

El viento parecía haber cesado y los copos caían mansamente. Un chorro cuadrado de luz salió al exterior.

Fuera, a diez o doce metros de distancia, una gigantesca sombra se movía con paso irregular, como desorientada en un terreno que le resultaba desconocido. Crest comprobó con asombro que medía al menos dos metros y medio de altura.

La falta de visibilidad dificultaba la percepción de detalles. ¿Era un oso de dimensiones descomunales?

Detrás de él, los perros ladraban desaforadamente. Aquel extraño ser captó de pronto la luz y se vino hacia la ventana. Instintivamente, Crest levantó la escopeta.

Durante un segundo, divisó un rostro horrible, unas facciones que no eran humanas, pero que tampoco correspondían con los rasgos de un animal conocido. ¿Llevaba ropas el ser o era su propia piel lo que veía?

De súbito, Crest oyó un grito a sus espaldas:

—¡El monstruo, el monstruo!

El ser dio media vuelta y, con velocidad increíble, se perdió en la oscuridad. Casi en el mismo instante, volvió a soplar el viento y su potencia hizo trepidar las paredes de la cabaña.

Crest reaccionó y se volvió hacia la joven para preguntarle por las causas de su grito, pero, con gran sorpresa, se la encontró tendida en el suelo sin conocimiento.

CAPÍTULO III

Aline continuaba dormida a las ocho de la mañana y Crest juzgó oportuno no turbar su sueño. Desde su desvanecimiento, Aline continuaba sumida en aquel extraño letargo, tan parecido a un sueño plácido y sin pesadillas.

Por más que lo pensaba, Crest no acababa de comprender las causas del terror de Aline, porque no le cabía la menor duda de que ella se había desmayado a causa del pánico que le había causado la horrible visión. Crest se lamentó asimismo de no haber tenido a punto una de sus cámaras, en especial la de revelado instantáneo. Con el *flash* podría haber obtenido una prueba que ahora hubiera podido resultarle de gran utilidad.

Mientras Aline seguía durmiendo, se puso en contacto con Camp Shawanee.

—Pete, tengo que pedirle algo —dijo, apenas se hubo establecido la comunicación.

—Lo que quiera, doctor.

—Hable con el cuartel general de la Montada, en Edmonton. Pídales informes sobre Aline Rambault. Pregunte también si conocen a alguna joven de ese nombre o a sus familiares. Tiene unos veinticuatro años, alta, de buen tipo, pelo negro y raza blanca.

—¿La quiere para novia, doctor? —bromeó Gillais.

—Tengo interés por saber de ella, Pete —contestó Crest evasivamente—. Para que no haya errores, deletrearé su nombre, ¿entendido?

—Sí, doctor.

Minutos después, Gillais dijo:

—Está bien, doc, le llamaré apenas tenga la respuesta de Edmonton.

—Gracias, Pete.

Crest se fue hacia una de las ventanas. El postigo estaba bajado

y contempló la ventisca, que seguía azotando el paisaje. ¿Había visto aquel ser sobrehumano o simplemente lo había soñado?

Se asomó al dormitorio de Aline. La joven continuaba sumida en su sueño. Crest empezaba a preocuparse; lo que le sucedía no era natural, estimó. Decidió dejarla un rato más y si no se despertaba por sí, la despertaría por otros medios.

El viento pareció calmarse de pronto. Tal vez se producía un claro en la ventisca.

Crest volvió a la ventana. Ahora podía ver hasta a veinticinco pasos de distancia. De pronto, divisó algo que le hizo sentir una profunda extrañeza.

Aquel árbol… El viento había soplado muy fuerte, pero no tanto como para troncharlo a cosa de metro y medio del suelo. Un abeto cuyo tronco media veinte centímetros de diámetro no se partía tan fácilmente. Quizá algunas ramas superiores, pero el tronco no, se repitió a sí mismo una y otra vez.

De repente, acometido por un impulso irresistible, corrió en busca del chaquetón. Los perros, al verle moverse, se alborotaron un tanto.

Crest decidió aprovechar aquel momento de relativa bonanza. Abrió la puerta y se precipitó al exterior. *North* y *Utta* le siguieron ladrando.

Alcanzó el árbol. No, no había sido el viento, se persuadió ahora, con las pruebas al alcance de sus ojos.

Una fuerza desconocida había partido el árbol. Pero lo que más le asombró fueron las señales de garras señaladas profundamente en la corteza.

Crest conocía sobradamente las huellas que podía dejar un plantígrado. Aquellas garras, ciertamente, no eran de un oso.

Aparte de que eran de un tamaño muy superior, había señales de seis garras, paralelas, hundiéndose a varios centímetros en el tronco. Y, que él supiera, no había osos con seis garras.

El viento rugió de nuevo. Los perros aullaron lastimeramente.

* * *

Crest cerró y atrancó la puerta. De nuevo rugía la tempestad en

el exterior.

Sentíase profundamente desconcertado. ¿Qué extraño animal había trazado aquellas señales en el árbol?

De pronto, oyó pasos.

Volvió la cabeza. Aline estaba en el umbral de la puerta de su dormitorio.

—Hola —dijo la joven con voz átona.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Crest.

North se acercó a la joven y olfateó sus botas. De pronto, lanzó un aullido y se retiró presurosamente.

Aline se pasó una mano por la frente.

—He dormido mucho —dijo.

—Sí, es cierto, lo cual, estimo, le ha sentado muy bien. Voy a prepararle algo de comer —se ofreció Crest.

—No tengo ganas…

—Lo necesita —decretó él, tajante.

Se encaminó a la cocina y arrimó una llama al mechero de petróleo. De pronto, oyó a sus espaldas la voz de la joven.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó.

—¿No conoce mi nombre?

—Lo he oído… pero no recuerdo…

—Crest, Jim Crest, señorita Rambault.

—Sí, ahora sí recuerdo… Pero no sé cómo he venido a parar aquí.

Crest se volvió hacia ella.

—Por el momento, y como médico, debo aconsejarla que no se preocupe de pensar más en ese asunto —dijo—. Venga de donde venga, aquí está tranquila y segura. El tiempo es malo, pero no nos faltará comida, ni combustible.

—Sí, pero quizá me necesiten…

—¿Quién puede necesitarla? —preguntó él, muy interesado.

—No lo sé. Hay… como una especie de cortina de niebla en mi mente… Trato de recordar qué me ha pasado y cómo llegué aquí, pero no lo consigo…

—Insisto en que no debe preocuparse. Su único interés estriba ahora en reponerse. Cuando el cuerpo esté curado, nos ocuparemos de la mente.

Aline se esforzó por sonreír.

—¿Usted cree? —dijo.

—Sin lugar a dudas —contestó Crest firmemente—. Ahí tiene una mesa; siéntese, que muy pronto va a empezar a llenar el que sospecho está más que vacío estómago.

Aline obedeció mansamente. Momentos después, Crest ponía delante de ella un plato de huevos con tocino, galletas, mantequilla y mermelada, además de una cafetera rebosante.

—Con su permiso, yo voy a mí laboratorio; tengo que hacer unas pruebas —dijo a continuación—. Considérese como en su casa, señorita Rambault.

—Gracias, doctor.

Crest se encaminó al laboratorio, instalado en la habitación más grande de la cabaña, con excepción de la sala. Era una estancia que medía unos seis metros de largo por cuatro de ancho. Mientras empezaba a trabajar, pensó en aquel extraño y poderoso animal, cuyas extremidades terminaban en seis garras de unas dimensiones y potencia como jamás había conocido.

* * *

La señal acústica de la radio se dejó oír de pronto. Crest abandonó el microscopio y se dirigió a la sala.

—Hable —dijo, tras el contacto.

—Doctor, soy Pete.

—Ah, hola, Pete. ¿Qué hay de nuevo?

—He hablado con Edmonton. Allí no conocen a ninguna Aline Rambault. De todas formas, me han dicho lo comunicarán a Montreal. El sargento Mackenzie me avisará apenas sepa algo.

—Gracias, buen amigo —sonrió Crest.

—Ah, por cierto, ¿sabe algo de Bob Cutcheon, doctor?

Crest se sorprendió de la pregunta.

—Me habló usted de él días atrás y dijo que volvía hacia el campamento —respondió—. Eso es todo lo que sé. Pete.

—Por un momento, llegué a pensar que se habría refugiado en su cabaña, pero puesto que no es así, se habrá quedado en el refugio que tenemos al pie de Red Pine Hill, junto al Hastchane Lake.

—Sí, es muy probable, pero ¿por qué no le ha dicho nada por la

radio?

—Se le habrá estropeado. Era un aparato ya viejo y quizá se le descargaron las pilas. Bob, además, confiaba mucho en su veteranía y por eso es tan descuidado.

—Aquí, en esta época, los descuidos se pagan caros, pero ojalá esté en el refugio, Pete.

—Si mejora el tiempo, saldré a buscarlo en el oruga. Gracias otra vez, doctor.

—A usted, Pete.

Crest se quedó muy preocupado después de aquella conversación. Tenía dos motivos: Aline, a quien nadie conocía en Edmonton, y Bob Cutcheon. Respecto al leñador, no podía evitar pensar en el monstruo.

Para no alarmar a los demás leñadores, no le había querido decir nada a Gillais, pero por mucha veteranía que tuviese Cutcheon y por muy robusto que fuese, como todos los de su oficio, en una batalla contra el monstruo habría tenido todas las de perder.

Y eso era lo que temía hubiera sucedido en Red Pine Hill.

De pronto, se dio cuenta de que la puerta del laboratorio estaba abierta.

Aline se hallaba en el interior, inclinada sobre el microscopio. Crest la vio manejar las ruedecillas de enfoque, a fin de obtener una mejor visión de las muestras situadas en el portaobjetos.

—¿Le interesa? —preguntó desde la entrada.

Aline separó los ojos de los binoculares del microscopio.

—¿Qué estudia usted, doctor? —preguntó.

—Mejoría de los terrenos donde se cultivan los árboles madereros y la forma mejor de evitar las plagas —contestó él.

—Oh, yo creí que usted era médico…

—Bueno, también lo soy en realidad. Pero una vez terminada la carrera, derivé hacia la biología y la botánica. Esto me gusta más —sonrió él.

—¿Trabaja por su cuenta o para alguna empresa?

—Tengo una beca. Cuando termine mis experimentos, escribiré un libro con los resultados. Después… Bueno, puede decirse que todavía tengo para bastantes meses antes de decir que he conseguido algo.

—¿Puedo preguntarle qué clase de muestra tenía en el

portaobjetos?

—Sí, claro, no hay inconveniente. Era un trozo de corteza atacada por un insecto casi microscópico y, hasta ahora resistente a todos los insecticidas. El árbol atacado puede convertirse en leña seca en menos de cuatro semanas.

—Curioso —observó Aline.

—¿Por qué lo dice? —se extrañó Crest.

—Lo que estoy viendo aquí se mueve, doctor, cosa que no sucedería, creo, si se tratase solamente de unas fibras vegetales.

CAPÍTULO IV

Crest lanzó una exclamación de sorpresa y se precipitó sobre el microscopio. Aline esperó a un lado, mientras él graduaba nuevamente el foco del aparato óptico.

Los ojos del joven captaron la imagen de unos diminutos seres que se movían enloquecedoramente entre las fibras vegetales. Crest observó que parecían diminutos pulpos, pero con seis tentáculos en lugar de ocho.

La cabeza de aquellos seres era muy brillante. Había unos tres o cuatro y pugnaban por abandonar la platina del microscopio, retrocediendo vivamente cuando llegaban a los límites marcados ópticamente en forma circular, como si fueran repelidos por la zona oscura que había al otro lado.

—¿Qué aumentos tiene su microscopio en estos momentos? —preguntó Aline.

—Mil doscientos —contestó Crest.

—¿Son ésos los parásitos de que me hablaba antes?

—No, en modo alguno. Jamás había visto un ser vivo de esas características. Francamente, no entiendo de dónde han salido.

—¿Cree que puedan ser peligrosos?

Crest se separó del microscopio.

—Eso lo vamos a saber ahora —dijo.

Momentos después, había preparado una gota de líquido, que contenía algunos miligramos de estreptomicina. Con una varilla de vidrio puso la gota sobre el portaobjetos y luego colocó éste sobre la platina.

Examinó el resultado. Su asombro fue enorme al ver que, en pocos instantes, los misteriosos animalillos aumentaban varias veces de tamaño.

—¡Engordan! —exclamó gráficamente.

—A ver —dijo Aline.

Aplicó los ojos a los binoculares y dejó salir una exclamación de asombro.

—¡Qué cosa tan horrible! ¿Es que la estreptomicina no les causa daño?

—Al parecer, así es. Pero podemos probar con otro método. Tengo ahí unos cultivos de estafilococos vivos…

Al sacar el portaobjetos de la platina, divisó unas minúsculas manchas grises, que antes no estaban. Destapó una probeta y tomó una gota del caldo de cultivo de los estafilococos.

Una vez más, el portaobjetos volvió a la platina. Crest examinó el resultado y pudo ver una espantosa batalla entre seres microscópicos vivientes de distintas razas.

Los estafilococos resultaron derrotados de plano, mediante la simple ingestión por parte de sus adversarios. Éstos, los hexápodos, aumentaron de súbito su tamaño, de tal modo, que casi ocupaban por completo el círculo de observación.

—Increíble —dijo Crest—. La estreptomicina no les causa el menor efecto y han devorado a los estafilococos.

—Hay otros seres vivientes más voraces todavía que los estafilococos, doctor —exclamó Aline.

—De su tamaño, no conozco…

—¿Qué me dice de los leucocitos?

Crest se pegó una palmada en la frente.

—Estúpido de mí —se apostrofó.

—Los glóbulos blancos suelen triunfar casi siempre con los estafilococos —dijo Aline—, a menos, claro, que se trate de una infección de graves dimensiones. Pero en circunstancias normales, la victoria es siempre de los glóbulos blancos.

—Me da vergüenza de mí mismo por no haber recordado antes algo tan simple —sonrió Crest—. Está bien, tendré que pincharme para sacar una gota de sangre. Con media docena de leucocitos, tendremos más que suficiente.

Crest buscó algo de algodón y alcohol y se limpió la muñeca izquierda. Luego, con un simple alfiler, se pinchó una arteria.

Así obtuvo una gota que no tendría más de dos milímetros de grosor. Paseó la punta del alfiler por el portaobjetos y lo volvió de nuevo a la platina.

Los glóbulos blancos aparecían bien diferenciados de los rojos.

Apenas se apercibieron de la presencia de un enemigo, desplegaron sus seudópodos y se lanzaron al ataque. Los extraños triunfaron una vez más. Y ahora, uno solo de ellos ocupaba todo el círculo visual del microscopio.

Crest se sintió aterrado.

—No hay nada que pueda destruirlos —dijo.

* * *

Aline parecía haber vuelto a la normalidad. Preparó café y trajo al laboratorio la cafetera y dos tazas.

—¿De dónde sacó usted la muestra de fibra vegetal, doctor? —preguntó, mientras servía el café.

—Oh, hace días que la tengo, no recuerdo bien ahora… De cuando en cuando, tomo muestras al azar y hago pruebas.

—¿Cuándo puso la muestra en el microscopio, doctor?

—Esta mañana, mientras usted dormía. Era una astilla que no mediría más allá de dos milímetros de grueso por cinco o seis de largo.

—¿Como las que hay en sus guantes?

Crest levantó la cabeza vivamente.

—¿Qué dice? —preguntó.

Aline señaló dos gruesos guantes que había encima de una mesa.

—Estaban ahí —dijo—. Sin duda usted ha cortado leña y, al coger el tronco…

Crest negó con la cabeza.

—Hace muchos días que no corto leña, porque ya estoy bien provisto de ella —respondió—. Y no comprendo cómo…

De repente, se interrumpió para lanzar una exclamación de sorpresa.

—¡Ya lo sé! —dijo—. El árbol tronchado.

—¿Un árbol tronchado? —se extrañó Aline.

—Sí, está justo frente a la casa. Recuerdo que pasé la mano enguantada por el sitio donde se había tronchado… Las astillas se adhirieron al guante sin duda al realizar esa acción.

—Entonces, una de esas astillas es la que fue a parar al microscopio.

—No cabe la menor duda. Yo buscaba una muestra, para hacer ciertas pruebas con una sustancia química y tomé la que más tenía al alcance de la mano, aunque desde luego la preparé debidamente e incluso la reduje de tamaño. Luego la atendí a usted…

—Debe de tratarse de alguna nueva especie de parásitos, doctor, tal vez alguna mutación debida a causas que todavía desconocemos. Pero de lo que no hay duda es que son terriblemente voraces.

—Sí, es cierto. —Crest se mordió los labios, mientras miraba su guante. De pronto, tomó una decisión—: Voy a examinar esas astillas al microscopio.

Con grandes precauciones, preparó dos portaobjetos, realizando en ellos análogas operaciones que el primero.

Las dos pruebas, que duraron largo rato, dieron idéntico resultado.

Crest hizo todavía una prueba, con un microscópico trozo de madera, tomado de un simple taburete. Lo puso en uno de los portaobjetos y pudo apreciar que era devorado en un santiamén por los extraños seres.

—¡Que Dios nos asista! —dijo al terminar la última prueba—. Si esta plaga se extiende, es capaz de arruinar la riqueza maderera del país.

* * *

La radio llamó al atardecer.

—Doctor, tengo noticias de Edmonton —dijo Gillais.

—¿Y bien, Pete?

—Desconocida.

Hubo un momento de silencio. Gillais, en su laconismo, había sido sobradamente elocuente.

—Gracias, Pete. ¿Noticias de Bob?

—No, doctor, pero si mañana por la mañana no ha dado señales de vida, saldré a investigar.

—Cuidado, el tiempo es pésimo.

—Conozco bien el camino y el oruga se halla en magníficas condiciones. He hecho salidas con mucho peor tiempo, doctor.

—A pesar de todo, tenga cuidado, Pete.

—No se preocupe. Buenas noches, doc.

—Buenas noches, Pete.

Crest volvió a su sillón. Aline estaba tendida en el suelo, sobre unas pieles, con un libro abierto delante de sí, en actitud indolente.

Los perros descansaban tranquilamente al otro lado. Crest sonrió para sí.

«Cualquiera que nos viese ahora, pensaría en una encantadora escena de familia», pensó, mientras aplicaba una astilla encendida a la cazoleta de su pipa.

—¿Alguna noticia importante, doctor? —preguntó Aline de pronto.

—En cierto modo —respondió él.

—¿Sí?

—¿De dónde viene usted, Aline?

—No lo sé, doctor, ya sabe que no lo recuerdo. Estoy amnésica.

—En Edmonton no la conocen. Tampoco en Montreal. Eso es lo que me ha dicho Pete Gillais, el jefe de los leñadores de Camp Shawanee.

—Se preocupa por mí, ¿eh?

Utta lanzó de pronto un pequeño aullido y empezó a rascarse la pata delantera derecha. A su lado, *North* lanzó un gruñido.

La tormenta rugía en el exterior. Con el rabillo del ojo, Crest miró hacia el barómetro. La tendencia a la baja no cedía en absoluto.

Utta volvió a rascarse. Crest observó que la perra se sentía muy intranquila.

Más tarde, se separaron para acostarse. Crest, muy preocupado, tardó largo rato en dormirse.

De repente, pasada la medianoche, le despertó un largo alarido de uno de los perros. *Utta* parecía quejarse, presa de grandes sufrimientos. Alarmado, Crest saltó de la cama y se puso un chaquetón encima del pijama.

Abrió lo puerta del dormitorio. Aline estaba también en el umbral del suyo.

—He oído quejarse a uno de los perros… —dijo la muchacha.

North, amedrentado, estaba encogido en un rincón de la sala. Crest levantó la lámpara que llevaba en la mano y divisó a *Utta*.

La perra se quejaba fuertemente. Crest se acercó al animal y, de

repente, se quedó como clavado en el suelo.

Aline salió de su dormitorio. Crest emitió una orden imperativa:

—¡Quieta, no se mueva!

Ella se inmovilizó en el acto. Vio a *Utta* y lanzó un grito de horror.

Crest se sentía igualmente espantado. La pata derecha de *Utta* se había convertido en algo monstruoso, una extremidad escamosa, terminada en seis garras de uñas córneas, durísimas, afiladas como navajas de afeitar.

CAPÍTULO V

Crest se rehízo un tanto y dio dos pasos atrás.

—Vuelva a su dormitorio Aline, y cierre la puerta —ordenó.

Ella obedeció con presteza. Temblaba de pavor. De repente, oyó un espantoso trueno. Un grito de pánico brotó involuntariamente de sus labios.

Crest tocó con los nudillos en la puerta. Aline abrió y vio al doctor, blanco como la nieve.

Olor de pólvora llegó inmediatamente a su pituitaria.

—Era la única solución —dijo él.

A través de la rendija, Aline divisó el inmóvil cuerpo de la perra, tendido sobre un lago de sangre. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Crest tenía aún la escopeta en las manos.

—No he podido hacer otra cosa —insistió con sombrío acento.

Aline tragó saliva. En el rincón, *North* aullaba lastimeramente, aunque sin estridencias.

—Tendrá que hacer algo con el cadáver —dijo ella, pasados unos momentos.

—Me siento desconcertado —declaró Crest—. Jamás me había pasado ni visto nada semejante… ¿Qué extraña enfermedad atacó a la pobre perra?

Aline dominó sus aprensiones y se acercó al animal inmóvil. La pata delantera tenía el grosor de un brazo humano y las escamas, fácilmente perceptibles, parecían en muchos casos gruesas vesículas de color verdoso oscuro, casi negro en muchos puntos y con un brillo metálico irisado en la mayoría de ellas.

—Convendría un análisis de ese miembro —dijo.

—Sí, pero con las debidas precauciones —aceptó Crest la proposición.

—La daré un consejo: queme sus guantes. No conozco ningún germen, por nocivo que sea, que resista las temperaturas elevadas.

—Es verdad —convino él—. Pero primero será necesario poner más troncos en la chimenea. Por favor, no toque nada sin guantes. En el laboratorio tengo varios pares de goma, de medida universal.

—De acuerdo.

Crest dejó la escopeta a un lado y procuró apartar de su mente la idea de que había dado muerte a un animal que le había sido fiel desde que era un cachorrillo. Colocó cinco o seis gruesos troncos en la chimenea y se dirigió al laboratorio.

Aline le aguardaba ya con las manos enguantadas, sosteniendo un par de guantes, que le ayudó a ponerse con singular pericia. Después, Crest tomó unas finas pinzas y unas tijeras. Aline, por su parte, llevó un par de portaobjetos limpios y esterilizados.

Con la ayuda de las tijeras cortaron una diminuta fracción de la pata afectada por la extraña enfermedad. Crest tomó una segunda muestra de otra zona sana y con ambas volvieron al laboratorio.

El examen microscópico dio un resultado sorprendente: en las dos muestras se veían aquellos menudos seres, vivos, agitándose, devorando con inaudita ferocidad cuanta materia orgánica caía a su alcance.

El número de seres no era muy elevado; Crest calculó que, a lo sumo, habría media docena por milímetro cúbico de sustancia orgánica. Pero su crecimiento se producía a ojos vistas.

Crest puso una minúscula dosis de alcohol en uno de los portaobjetos. El alcohol no causó el menor efecto a aquellos animales.

—Pruebe con el calor —indicó ella.

Crest sometió uno de los portaobjetos a la llama de un mechero de alcohol. El examen microscópico reveló que aquellos seres habían perecido abrasados, convertidos en una repugnante pasta gris negra.

—Bien —dijo—, al menos, ya sabemos cómo combatirlos.

De pronto. Aline lanzó un grito:

—¡Doctor, mire!

Crest volvió la cabeza. Aline le señalaba un tubo de ensayo, herméticamente tapado, en el que habían depositado las primeras muestras obtenidas durante la víspera.

El joven se sintió aterrado. Los animales habían aumentado de tamaño hasta hacerse visibles a ojo desnudo. Habría unas dos

docenas y ninguno de ellos medía menos de tres milímetros de largo.

Los seres se movían vertiginosamente en el interior del tubo de cristal.

—Diríase que buscan alimento —apuntó la joven.

Crest asintió.

—Es muy probable —dijo.

De pronto, se le ocurrió una idea.

Buscó un bocal y lo llenó con una solución salina, en la que arrojó unos trozos de carne extraídos de una lata de conservas. Luego, con gran cuidado, vertió en el bocal el contenido del tubo de ensayos.

Acto seguido, volvió a la sala y arrojó al fuego el tubo y su tapón. Cuando regresó a la sala, halló a Aline contemplando fascinada los movimientos de los extraños seres.

—Son terriblemente voraces —dijo la muchacha.

—¿Qué más podían pedir? Una solución muy parecida a los líquidos orgánicos y comida en abundancia.

La tapa del bocal era una tela de goma, sujeta por una ancha banda de lo mismo. Aline dijo:

—Tendrá que idear otro método para evitar que estos seres escapen del bocal.

—¿Por qué? —preguntó él.

—La goma es una sustancia orgánica, recuérdelo. Cuando hayan acabado su comida, la emprenderán con la goma y escaparán.

Crest asintió preocupadamente. Al parecer, el crecimiento de los misteriosos seres no se detenía con nada.

De pronto, lanzó una exclamación:

—Creo que lo tengo.

Buscó por el laboratorio y encontró una plancha de hojalata, del tamaño de una cuartilla grande. Quitó la tapa de goma y puso sobre la plancha el bocal, colocándola que sobresaliera al menos quince centímetros por uno de sus lados.

Acto seguido, situó bajo una de las esquinas de la plancha la llama de un mechero de alcohol, situándola de modo que estuviese en contacto constante con el metal.

—La hojalata se calentará y ellos lo notarán, si quieren escapar —aseguró.

—De acuerdo, pero ahora tenemos que solucionar un problema, doctor.

—¿Cuál? —preguntó Crest.

—El cadáver de *Utta*.

Crest inspiró con fuerza.

—Si el viento no soplase con tanta fuerza, la solución sería fácil: un par de latas de petróleo. Pero, con esta ventisca, no nos queda otra solución que la chimenea. Y mucha leña.

—Y, además, mascarillas protectoras contra el mal olor. ¿La despedazará, doctor?

—No, no quiero correr el riesgo de extender la infección. La chimenea es grande y, nos guste o no, es la única solución que tenemos en estas circunstancias.

Mientras Crest se dedicaba a la repugnante tarca de quemar el cadáver de *Utta*, Aline quemaba con alcohol los rastros de sangre que había en el suelo. A pesar del excelente tiro de la chimenea y de su hogar de grandes dimensiones, el horrible olor de la carne y el pelo quemados invadió la cabaña hasta el último rincón. Las máscaras que se habían colocado resultaron insuficientes para evitar aquel hedor, pero Crest se dijo que habría resultado mucho peor sin aquella protección.

El suelo quedó con grandes manchas negras, procedentes de las llamas producidas por el alcohol. Al llegar la madrugada, ya sólo quedaban en la chimenea algunos huesos calcinados.

Una de las pieles de adorno tuvo que ser quemada también, debido a que había en ella algunas manchas de sangre. Crest dio por terminada la tarea hacia las ocho de la mañana.

Preparó café. Mientras lo tomaban, dijo, muy pensativo:

—Me pregunto cómo pudo sucederle eso a la pobre *Utta*.

—Tal vez se pinchó con alguna de las astillas que usted trajo inadvertidamente. Debió de ser un pinchazo imperceptible, porque, de lo contrario, se habría quejado…

Ella notó algo. Recuerdo que se lamía la pata y se sentía muy nerviosa. Indudablemente, la infección había entrado ya en su curso, pero la eclosión de los seres no se produjo sino hasta mucho después, cuando ya dormíamos.

—Se reproducen con muchísima facilidad. O quizá sería más correcto decir que su aumento de tamaño es muy rápido. Pero se

me ocurre que no sabemos qué pasaría con uno de esos seres, desprovistos de todo alimento.

—¿Cómo lo haría usted, Aline?

—Simplemente, colocando uno de ellos en una solución estéril. Bastaría con que fuese de agua filtrada, hervida y posteriormente vuelta a filtrar…

—Tengo algunos frascos de agua destilada. Usaremos uno, puesto que están sin precintar.

De pronto, sonó la radio.

—Permítame, Aline —dijo Crest.

Abandonó la cocina y llegó a la sala. Dio el contacto y dijo:

—Doctor Crest.

La voz de Gillais sonó con trémolos de horror:

—¡Doctor! ¡Estoy en el refugio de Red Pine Hill! ¡Bob Cutcheon está muerto!

—¡Muerto! —repitió el joven.

—Sí, doctor. Es algo horrible… Tiene un aspecto espantoso… Yo no sabría que es él… si no fuese por la cadena de su reloj… La conozco muy bien y sé que no puedo equivocarme… Las ropas también son suyas… pero esa cosa que tengo delante de mis ojos no es, no puede ser Bob Cutcheon.

Crest se estremeció, aunque procuró mantener la tranquilidad.

—¡Pete! ¡No toque nada! —ordenó—. Deje todo tal y como está; mejor aún: la puerta y las ventanas deben quedar abiertas de par en par. Deje que entren la nieve y el frío, ¿comprende?

—Sí, doctor… Es horrible, espeluznante… Parece un monstruo… de otro mundo… Una cosa que no hubiera nacido en la tierra…

—¡Repórtese, Pete! —gritó Crest—. Recobre la serenidad, haga lo que le digo. El frío conservará el cadáver de Bob, ¿me ha entendido?

—Sí, doctor.

—Sobre todo, manténgase sereno, no pierda los nervios. Por favor, Pete, hágame caso.

—Sí, doc… pero ¿de dónde ha venido esta horrible cosa que no es humana?

—No lo sé, Pete, no puedo decirle nada por ahora.

—Esto lo tienen que saber en el puesto de Kenner Cross. Llamaré al cabo Banquire… Voy a cortar la comunicación; luego hablaré con

usted, doctor.

—Está bien, Pete, pero, sobre todo, tenga cuidado.

Crest tocó la palanca de cierre de contacto. Volvió los ojos y los fijó en el rostro de la muchacha, que aparecía inusitadamente pálido.

—A Bob le ha pasado lo mismo que a *Utta* —dijo Aline, como resumiendo el pensamiento común a ambos.

CAPÍTULO VI

La radio sonó de nuevo, apenas hubo terminado Crest de hablar con el jefe de leñadores.

—¿Doctor Crest? Soy Kahawan.

—Ah, hola, profesor. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. Solamente quería preguntarle si mi ayudante Joe Littin se encuentra ahí, en su cabaña.

—¿Littin? No, profesor, ni siquiera sabía que tuviera usted un ayudante.

—Lo contraté hace poco —gruñó Kahawan—. Pero me parece que hice un mal negocio con ese tipo: vago, descuidado, ignorante…

—Lo siento, Littin no está aquí. Y si se encuentra fuera de su casa, lo estará pasando mal con esta ventisca.

—Condenado tipo… Dijo hace días que se iba a pescar al lago y no ha vuelto a dar señales de vida. Le sorprendió la ventisca fuera de casa y pensé que podría haberse refugiado en la suya.

—Repito que lo lamento, profesor. Es más, si he de serle sincero, le diré que no hay que abrigar excesivas esperanzas sobre la suerte de su ayudante. A estas horas, lo más probable es que haya muerto de frío. Y, como comprenderá, con este tiempo, resultaría una locura intentar su búsqueda.

—Sí, comprendo. Gracias, doctor, y dispénseme por haberle molestado.

—Al contrario, profesor.

Sonó un click. Aline dijo:

—¿Joe Littin? El nombre me suena, pero no recuerdo con exactitud dónde lo he oído antes de ahora.

—Ya lo recordará —sonrió él—. Ahora, si le parece, continuemos los trabajos.

—Primero, vamos a terminar de tomar el café —propuso Aline.

Así lo hicieron. Luego, a pesar de sus preocupaciones, Crest continuó parte de sus trabajos, que no podía descuidar mientras le fuera posible.

De repente, sonó un fuerte grito:

—¡Doctor, mire!

Crest se volvió. Aline estaba junto al bocal, señalándolo con la mano.

—Tratan de escapar —añadió.

Crest abandonó su taburete y se acercó al bocal.

Los hexápodos habían crecido monstruosamente. Ahora, ninguno de ellos medía menos de diez centímetros. Era evidente que les faltaba espacio y que pugnaban por huir de aquel encierro.

Crest puso la mano sobre la tapa de hojalata.

—La temperatura no es muy fuerte —dijo.

Buscó un algodón, lo empapó de alcohol y lo puso directamente sobre la plancha. Luego le prendió fuego.

Los hexápodos se replegaron inmediatamente hacia el fondo.

—Muy notable —comentó él—. Notan enseguida el aumento de temperatura.

—Pero resisten bastante, yo creo que casi el agua en ebullición —dijo Aline.

—Podemos hacer la prueba aunque primero en un medio estéril —sugirió Crest.

Buscó un frasco de boca ancha y lo colocó encima de otro mechero de alcohol.

—Bien, vamos a ver si conseguimos pescar uno de esos pulpitos —dijo. Había buen humor en su voz, pero por dentro sentía un vivo temor.

El algodón con alcohol se había consumido. Crest, siempre enguantado, como Aline, buscó unas pinzas de gran tamaño y apagó el mechero. Ella, con otras pinzas, retiró un poco la tapa del bocal.

Uno de los hexápodos buscó inmediatamente la salida. Crest lo atrapó con las pinzas y, mientras ella tapaba nuevamente el bocal, lo arrojó al frasco colocado al fuego, que tapó en el acto.

El hexápodo coleó un poco en el líquido estéril. Crest había colocado una tapa de metal también, que aseguró con un peso. Aline se había acercado y contemplaba con curiosidad los movimientos del animal.

Al cabo de un rato, el hexápodo pareció perder vitalidad. Un cuarto de hora más tarde, se detuvo por completo y, lentamente, descendió hasta el fondo del recipiente.

Entonces empezó a desintegrarse. Fue una cosa rápida, cuestión de diez minutos. El agua tomó un color gris bastante pronunciado, aunque sin perder su transparencia.

Pero ya no se veía el menor rastro del ser.

—Bien, esto nos dice una cosa: no pueden vivir en un medio estéril —exclamó Crest—. Y el fuego también puede combatirlos.

—Esa prueba no está bien realizada, el agua no ha hervido todavía —objetó Aline.

—Prepararemos otro frasco con agua común, pero éste lo conservaremos; luego quiero hacer un examen microscópico de unas cuantas muestras de ese líquido.

Crest preparó el segundo frasco con agua corriente. El hexápodo que fue a parar a su interior pareció sentirse muy contento.

—Cualquiera diría que le han dado una copa de vino —sonrió Aline.

El agua hirvió, pero el animal se mantenía con vida, como si no le afectase la ebullición del líquido. Durante veinte minutos, el agua estuvo hirviendo constantemente.

Luego. Crest apagó el mechero y dejó que se enfriase el líquido. A los pocos minutos, el hexápodo había muerto.

—De hambre —diagnosticó—. Toda la sustancia orgánica que pudiera haber en el agua y que nosotros digerimos sin trastornos, ha pasado a su cuerpo. Cuando se le acabó la *comida*, murió.

—Lo que significa que necesita comer constantemente.

—Así es.

Los ojos de Crest volvieron hacia el primer bocal. Un grito de susto brotó de sus labios.

—¡Se escapan! —gritó.

Dos de los hexápodos, cuyo tamaño había aumentado en un cincuenta por ciento, se deslizaban por la mesa de laboratorio. Llegaron a una de las esquinas y alcanzaron el suelo con rápidos movimientos ondulatorios.

En aquel momento, surgió *North* ladrando excitadamente.

—¡Quieto, *North*! —gritó Crest.

Pero ya era tarde. De un solo bocado, el enorme can devoró a

uno de los hexápodos.

El otro pareció intuir el peligro y se levantó sobre dos de sus tentáculos, agitando enfurecido los otros cuatro. De nada le sirvió; *North*, para el que aquellos seres parecían ser un bocado exquisito, se lo zampó de un par de bocados. Crest estaba muy pálido.

—Tendré que hacer con él lo mismo que con *Utta* —dijo, sombrío.

Aline alargó una mano.

—No —aconsejó.

Crest la miró inquisitivamente.

—Hay algo en lo que no hemos pensado todavía para combatir a esos pequeños monstruos —continuó ella—. Ácido.

—¿Ácido?

—Claro. ¿Acaso me va a decir ahora que desconoce la composición de los jugos gástricos? ¿No ha tomado bicarbonato en su vida, cuando sentía un poco de hiperclorhidria, vulgo acidez estomacal?

Crest asintió con lentos movimientos de cabeza.

—También tengo frascos con diversos ácidos —dijo.

—Podemos hacer otra prueba —indicó Aline—. Ya sabemos que la falta de alimento y el fuego los matan, aunque resisten el agua en ebullición. En un medio estéril, perecen, pero… son capaces de alimentarse con cualquier cosa.

—Son omnívoros.

—Exactamente.

Hasta aquel momento, Crest no se había percatado de un detalle. ¿Cómo podía saber Aline tantos datos científicos?

—Aline, ¿qué es usted? —preguntó.

Ella se pasó una mano por la frente.

—No lo sé —contestó—. No puedo recordar… Sé que estoy amnésica parcialmente, pero, en cambio, recuerdo a la perfección muchas cosas que he aprendido… no puedo decirle dónde, doctor.

—Es una amnesia sectorial —diagnosticó él—. Muy sencillo, su mente se niega a recordar determinados pasajes de su vida. Ha sufrido, sin duda, un trauma psíquico y, cuando desaparezcan las causas que lo motivaron, volverá a tener plena memoria.

Aline sonrió.

—Así lo espero, doctor —concordó.

—Bien —dijo Crest—. Vamos a hacer la prueba del ácido. Y de este modo veremos si los del estómago de *North* son capaces de destruir los dos *pulpitos* que se ha comido.

Hizo una pausa y añadió:

—Porque, de lo contrario, lo tendremos que destruir a él.

* * *

El ácido, en una solución al veinte por ciento, destruía los hexápodos.

De los que habían separado en un principio en el bocal, la mayoría habían muerto por inanición. Quedaban dos, que Crest colocó en sendos bocales con la misma solución salina y con unos diez o quince gramos de conserva cárnica para uno de ellos. Al otro le puso unos trozos de madera, que en conjunto hubieran servido para dos lápices.

Los hexápodos muertos, menos uno, fueron a parar al fuego, junto con el líquido que los había contenido. Crest examinó unas cuantas muestras del hexápodo primeramente muerto por falta de alimento y no encontró más que unos cuantos grumos esféricos, de composición orgánica, pero absolutamente inertes.

Unas cuantas pruebas le hicieron ver la absoluta inofensividad de los glóbulos, incluida la prueba con muestras de su propia sangre.

—Esto va progresando —dijo, satisfecho, al caer la tarde. Se encontraba bastante cansado y decidió posponer el examen del hexápodo muerto para el día siguiente.

En cuanto a los dos hexápodos vivos, al ingerir alimento adquirieron una longitud muy próxima a los veinte centímetros.

—Es curioso —dijo Aline, contemplándolos de cerca—. No se les ven órganos externos sensoriales, como ojos u orificios respiratorios. Su epidermis es absolutamente lisa…

—Pero producen esa horrible transformación escamosa, cuando se reproducen en un cuerpo vivo —recordó Crest, pensando en la pobre *Utta*—. Y ése es un peligro que debemos evitar a toda costa.

Aline se estremeció.

—¿No habrá un tratamiento contra esa enfermedad? —

murmuró.

—Quizá sí, pero su propagación es rapidísima. Más todavía: incluso prosigue algún tiempo después de morir el ser afectado por esa enfermedad. Pude darme cuenta con *Utta*; ya se le veían escamas en la articulación de la pata, junto al cuerpo, y recuerde que cuando la vimos por primera vez, las escamas no pasaban de lo que en nosotros sería el codo.

—Bien, al menos sabemos que la falta de alimento y el fuego los mata, además de los ácidos, aunque sea una solución al veinte por ciento. Pero, por contra, su propagación es rapidísima, en cuanto tienen materia orgánica de la que alimentarse.

Crest dirigió la mirada hacia los dos bocales en los que se movían perezosamente los hexápodos. *North* asomó en aquel momento y lanzó un fuerte aullido.

—Les reprocha la muerte de su pareja —dijo, sonriendo.

Cenaron más tarde. La radio anunció que la ventisca proseguiría todavía durante algunos días, aunque con intervalos de calma, durante los cuales bajaría la temperatura.

—No es una perspectiva muy agradable —comentó Aline.

—Es la despedida del invierno. Las nieves se habían fundido casi por completo, pero ahora volverán a alcanzar una altura muy considerable. Sucede lo mismo que el otoño: después de los primeros fríos y lluvias, sobreviene una época de calor, el veranillo indio.

—Es cierto —dijo ella—. ¿Hasta cuándo piensa permanecer aquí, doctor?

Crest hizo un gesto ambiguo.

—Quizá un año todavía, lo que no excluye un viajecito a Edmonton para aligerar un poco la mente de preocupaciones —contestó—. Pero mientras no venga el buen tiempo, es inútil pensar en esa excursión.

Estaban cansados, ya que no habían dormido apenas la noche pasada, por lo que se acostaron muy temprano. Cerca de la madrugada. *North* empezó a aullar con fuerza.

Crest se sentó sobresaltado en la cama. Aline llamó desde su habitación:

—¡Doctor! ¿Qué sucede? —gritó.

—No lo sé, voy a verlo —contestó él, a la vez que se disponía a

encender la luz.

En el exterior se oyó un ruido extraño, por encima de los silbidos del viento. Alguien golpeó la puerta con fuerza.

Crest y Aline ya se habían vestido. El joven bajó uno de los postigos.

Con enorme asombro, vio unos faros encendidos en el exterior.

Una voz angustiada sonó de repente en la puerta:

—¡Doctor, pronto, por el amor de Dios! ¡Necesitó que me ayude!

—Es Pete Gillais —exclamó Crest a la vez que se precipitaba hacia la puerta.

Un turbión de viento y nieve entró con el jefe de leñadores, cuyo rostro aparecía desencajado. Los ojos daban la sensación de ir a saltar de sus órbitas.

Crest se acercó a Gillais.

—Pete, ¿qué le sucede? —preguntó, mientras Aline se ocupaba de cerrar la puerta.

El leñador retrocedió un paso vivamente.

—¡No me toque, doctor!

—Pero…

Entonces. Crest se fijó en que Gillais tenía algo enrollado a su brazo derecho. Parecía un vendaje, pero, un examen más atento le reveló se trataba de una ancha tira de manta, que cubría la mano y el brazo hasta más arriba del codo.

—Me ha pasado algo horrible, doctor —dijo Gillais.

Desenrolló la tira de manta y dejó el antebrazo al descubierto. Aline no se pudo contener y lanzó un estridente grito de terror.

Crest retrocedió a su pesar. El espectáculo que tenía ante sus ojos era horrible.

La mano derecha de Gillais, hasta más arriba de la muñeca, era un miembro monstruoso, deforme, escamoso, en el que lucían seis enormes uñas como remate de otras tantas garras.

CAPÍTULO VII

Crest tenía una reserva de licor para ciertos casos y buscó una botella de *brandy*. Llenó un vasito y se lo entregó a Gillais.

—Tranquilícese, Pete —dijo—. Trataremos de solucionar esto…

Gillais despachó el licor de un solo trago.

—No hay solución, doctor; acabaré como el pobre Bob Cutcheon. Usted ve ahora sólo la mano de un monstruo; antes de cuarenta y ocho horas, seré un monstruo completo.

—Calma, Pete, calma; las cosas no son irremediables todavía. Por lo que sé, Bob se quedó solo en Red Pine Hill al sobrevenir la ventisca, ¿no es así?

—Efectivamente, y nadie le pudo socorrer…

—Pero las cosas cambian en su caso —insistió Crest—. Dígame, ¿cómo notó los primeros síntomas?

—Usted me dijo que no tocara a Cutcheon y yo le obedecí. Es más; abrí puertas y ventanas, para que entrasen el viento y la nieve, y su cuerpo pudiera conservarse por el frío. Pero antes de que usted me dijera nada, yo ya había tocado cosas en el refugio.

—¿Qué cosas? —preguntó Crest.

—Tuve que romper uno de los cristales para abrir la ventana y entrar en el refugio. Me corté ligeramente en la mano derecha, pero no le di importancia: el corte no tenía ni un centímetro de largo y apenas si pasaba de la piel.

—¿Sangraba?

—Unas gotas. No me preocupé de ello, como puede comprender… pero tuve que apoyarme en la mesa cuando vi aquella cosa tan horrible en que se había convertido el pobre Bob…

Crest y Aline intercambiaron una mirada. Gillais pareció darse cuenta en aquel momento de la presencia de la muchacha.

—¿Trabaja ahora la señorita para usted, doctor? —preguntó.

—¿Qué quiere decir, Pete? —se extrañó Crest.

—Bueno, sé que había una chica como ayudante del profesor Kahawan… Pero quizá no es ella, claro.

—Aline, ¿qué recuerda usted? —preguntó Crest.

—No, nada en absoluto —respondió ella—. Pero ¿no le parece mejor que nos ocupemos del señor Gillais?

Los ojos de Crest fueron a la mano derecha del leñador, de nuevo cubierta por el trozo de manta.

—Sí —convino pensativamente—. Sin embargo, nos vamos a ver en una difícil situación.

—¿Por qué? —preguntó Gillais.

Crest le miró fijamente.

—Pete, tiene que armarse de valor —dijo—. Para su mal, no hay más que una cura.

—Vamos, doc, hable pronto —exclamó Gillais, impaciente—. Sea lo que sea, dígalo sin miedo.

—Amputación, Pete.

El leñador inspiró con fuerza.

—No soy zurdo, pero tendré que aprender a serlo —manifestó, tratando de mantenerse sereno.

—Eso no es todo. Pete. Hace tiempo que no practico la medicina ni la cirugía, aunque me considero capaz de curar enfermedades corrientes y realizar operaciones no muy difíciles, como una amputación. Pero carezco del instrumental apropiado.

Una racha de viento huracanado sacudió la cabaña. Las paredes retemblaron sordamente.

—Podríamos ir, tal vez, a Camp Shawanee, pero no habría piloto que quisiera volar desde Edmonton con este tiempo —añadió Crest.

Aline estaba poniendo troncos en la chimenea. Oyó aquellas palabras y se estremeció.

Hubo un momento de silencio, durante el cual sólo se oyeron los aullidos del vendaval.

Gillais se miró la mano derecha, ahora convertida en una horrible zarpa.

—Hay una solución, doctor —dijo Gillais al cabo.

—¿Cuál, Pete? —preguntó Crest.

—¿Tiene usted un hacha?

* * *

Crest meneó la cabeza.

—No… no me atreveré…

—Tiene que ayudarme, doctor —gritó el leñador—. Prefiero quedarme manco a convertirme en un horrible monstruo, como Bob. Dios sabe los horribles sufrimientos que padeció viendo cómo se volvía un ser espantoso, quizá con todo su conocimiento… y yo no quiero que me pase una cosa así. ¿Me comprende, doctor? ¡El hacha, el hacha! —clamó Gillais fuera de sí.

De repente, Crest se volvió y llenó un vaso con *brandy*. Entonces, recordó que era el que había usado Gillais y buscó otro limpio.

—Tengo un hacha, en efecto —dijo con voz trémula.

—He visto éter en el laboratorio —indicó Aline.

—En ese caso, no pierda un segundo más, doctor —pidió Gillais.

Crest se pasó una mano por la frente.

—Sí… es el único remedio…

—Buscaré hilo y aguja para suturar. Debe tener algo de eso en el botiquín de primeros auxilios, ¿no es cierto, doctor? —dijo la muchacha, notablemente más serena que él.

—Sí, hay un poco de catgut… También dispongo de algunos frascos de antibióticos…

—Y habrá, seguramente, algún tónico cardíaco. Bien Pete, empiece a quitarse la ropa —ordenó Aline, extrañamente fría y eficiente.

El leñador obedeció. También se mostraba muy sereno.

—Pasaré un mal rato, pero salvaré la vida —dijo—. ¿Dónde va a realizar la amputación, doctor?

Crest contempló la mesa que había en el centro de la sala. Era recia, de sólida madera.

—Traeré un par de mantas —dijo con voz neutra. Servirían para empapar la sangre y, encima de ellas, pondría una sábana blanca, humedecida con alcohol; eran las únicas medidas profilácticas que podía tomar.

Aline trasteaba en el laboratorio. Crest, que se recobraba un tanto, no dejó de pensar en la serenidad que mostraba la joven. ¿Era también médico como él?

En cualquier caso, le correspondía la amputación. Aline carecía de la suficiente fuerza para manejar el hacha.

Crest fue al cobertizo contiguo y trajo el hacha. Gillais

comprobó el filo con dedos de experto.

—Afílela, doctor —pidió—. Tiene que cortar de un solo golpe.

Había veces en que Crest sentía náuseas. A pesar de todo, trató de mantenerse sereno; una vida humana dependía de su pulso y su fuerza, más que de su habilidad.

* * *

Desnudo de la cintura para arriba —sus ropas habían ido ya a parar al fuego—, Gillais se tendió sobre la mesa, a la cual fue sujetado con algunas cuerdas. Crest y Aline evitaban tocar en todo momento el brazo mutado, cuya sola vista les infundía horror.

Ya se habían puesto unas mascarillas ante los rostros, dejando libres solamente los ojos. En una mesita contigua, Aline había colocado los instrumentos auxiliares, así como el material de cura de que podían disponer en tan críticas circunstancias.

Por fortuna, Crest disponía de alcohol en abundancia, lo que facilitaría la desinfección por el fuego, después de la operación.

—Yo me ocuparé de la anestesia —dijo Aline—. Encienda un poco de alcohol en una torunda de algodón y queme la parte metálica del hacha.

Aline se inclinó sobre Gillais y le dirigió una cálida sonrisa.

—Ánimo, Pete, le sacaremos adelante —dijo.

El leñador hizo una mueca.

—Cuando despierte, quiero enterarme de que han quemado mi mano en la chimenea —contestó.

—Eso es lo que haremos —aseguró ella.

Y puso una gruesa máscara de gasa sobre la cara de Gillais. Inclinó el frasco del éter y empezó a verterlo gota a gota.

—Aspire lento, pero hondo, muy hondo… —aconsejó.

Gillais lo hizo así. Mientras vertía el éter sobre la improvisada mascarilla con una mano, tomaba el pulso de la mano izquierda con la otra.

Al cabo de unos momentos, comprobó que Pete estaba dormido. Entonces hizo un torniquete más arriba del codo.

—Doctor, el paciente está listo —anunció.

Crest tenía el hacha en las manos. Un súbito temblor acometió

su cuerpo.

—Vamos, Jim —dijo ella—, se trata de salvar una vida humana. Golpee sin miedo.

Crest cerró los ojos un instante. Luego alzó el hacha por encima de su cabeza.

—Pero esto no es una amputación, es una carnicería… No podremos restaurar bien el muñón…

—Si tuviera usted un bisturí —sugirió Aline, que comprendía las vacilaciones de Crest.

—No, sólo micrótomos para preparaciones microscópicas. Y cuchillos de cocina, menos afilados aún que el hacha.

—¿Navaja de afeitar?

—Tampoco. Uso maquinilla eléctrica con pilas y si me faltan, no me afeito…

—¡Golpee, corte! —ordenó ella—. La anestesia es muy leve, no podemos perder mucho tiempo.

Crest asintió. Bajó la vista un instante y contempló aquel horrible miembro de seis garras. Sí, había que extirparlo, se dijo.

El hacha bajó con tremenda fuerza. La mesa vibró como si fuera a deshacerse en pedazos.

—¡Otro golpe, otro golpe! —gritó Aline—. Termine de cortar…

Crest sentía ganas de vomitar. Pero hizo acopio de valor y golpeó de nuevo.

Algo cayó al suelo con golpe sordo.

—Meta el hacha en el fuego —indicó Aline.

El muñón sangraba profusamente, pero menos de lo que hubiera sido de esperar, debido al torniquete que ella había aplicado precavidamente. Mareado, pálido hasta la lividez, Crest metió el hacha en las brasas unos momentos.

Con las propias tenazas de la chimenea, Aline arrojó al fuego la mano amputada a la mitad del antebrazo.

—Ponga encima un par de troncos, rápido —dijo.

Crest obedeció. Pero no se sentía con ánimos para hacer nada. Buscó la botella de *brandy* y bebió largamente, sin utilizar el vaso. De un modo vago, se dio cuenta de que Aline manipulaba en el muñón.

—Antibióticos, doctor —pidió ella—. Cinco millones de unidades.

Para Crest, aquello era una horrible pesadilla. Actuó maquinalmente, casi sin darse cuenta de lo que hacía.

Mientras, Aline suturaba expertamente venas y arterias seccionadas de un modo tan brutal.

El leñador se agitó.

—Más anestesia, doctor —solicitó Aline.

Crest recobró un poco el ánimo y puso unos gramos de éter sobre la mascarilla. Los movimientos de Gillais cesaron.

El olor en la sala era horrible. *North*, amedrentado, estaba agazapado en un rincón, emitiendo de cuando en cuando algún lastimero aullido.

—Pete es un sujeto excepcionalmente robusto —dijo Aline—. Confío en que salga de ésta.

Crest asintió. Había caído mucha sangre al suelo y la quemaba con alcohol y ácido.

Luego, pensó, tendría que quemar también la sábana y las mantas que había bajo Gillais.

—Ya está —dijo Aline, al cabo de un rato que le pareció interminable.

Crest se sentía agotado. Extrañamente, Aline aparecía casi normal, con señales de indudable cansancio, pero animada por una energía interior, cuyo origen se hacía incomprensible al joven doctor.

CAPÍTULO VIII

Sentado frente al fuego, Crest dormitaba irregularmente.

De cuando en cuando, era acometido por alguna pesadilla y se le escapaban palabras incoherentes. *North* estaba tendido a sus pies.

Gillais descansaba en la propia cama de Crest. En cuanto a Aline, estaba en el laboratorio.

El perro se agitó. Crest acarició su cabeza con la mano, manteniendo los ojos cerrados todavía.

Sonaron pasos en las inmediaciones. Aline apareció en la sala.

—Doctor.

Crest emitió un gruñido.

—¡Hum…! ¿Eh?

—Tengo malas noticias —dijo ella.

El joven se despabiló en el acto.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—He tomado una muestra de la sangre de Gillais.

—¿Y…?

—Está infectada, terriblemente infectada.

Crest se puso en pie.

—Por esos seres extraños, supongo —dijo. Aline asintió.

—La proporción es de tres o cuatro por milímetro cúbico —informó dramáticamente—. Todo el cuerpo de Gillais es un enorme foco de infección.

—Me siento abrumado —confesó él—. Francamente, no sé qué hacer, aunque estimo que el Departamento de Sanidad debería ser informado… Pero ¿y los antibióticos que le inyectamos para prevenir la infección postoperatoria?

—Actúan sobre los gérmenes que pudiéramos llamar de tipo corriente, pero no sobre los hexápodos. Todo lo contrario, los reactivan; recuerde los exámenes microscópicos que hicimos.

—Sí, es cierto…

El can se agitó de pronto y emitió un sordo gruñido.

Crest miró hacia la puerta de la habitación donde estaba Gillais.

—¿Se despierta? —preguntó.

—No, hace poco le di una buena dosis de sedante. Dormirá bastantes horas, cosa que le conviene —respondió Aline.

North volvió a ladrar. De pronto, corrió hacia la puerta y se situó ante ella, ladrando furiosamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Aline, extrañada.

Crest se sintió presa de una horrible sospecha.

—El monstruo…

De repente, corrió hacia una de las cámaras fotográficas que había dejado preparadas.

—Aline, baje uno de los postigos —ordenó.

Ella obedeció. Casi en el mismo instante, lanzó un grito de horror.

Las nubes muy bajas, y el temporal de nieve, provocaban una penumbra en donde las cosas tenían los contornos muy vagos. A pesar de ello, pudo divisar al espantoso ser que se movía erráticamente frente a la cabaña.

A su lado, brilló de súbito un vivísimo fogonazo. El resplandor salió al exterior e hirió las pupilas de la bestia, de cuyas fauces brotó un horrible gruñido.

Súbitamente, el ser se abalanzó hacia la ventana. Una de sus garras hizo saltar los vidrios en mil pedazos. Aline retrocedió, espantada.

El monstruo pareció querer entrar en la cabaña a viva fuerza. De súbito, Crest agarró un leño encendido, sujetándolo con las tenazas, y corrió hacia la ventana.

El monstruo rugió espantosamente y huyó a la carrera, perdiéndose a los pocos segundos en la penumbra. Aline se tambaleaba, a punto de desmayarse.

Crest volvió el madero ardiente a la chimenea y luego subió el postigo. Aline, desfallecida, se había dejado caer sobre un sillón.

—Ahora ya no cabe la menor duda de que hay un monstruo merodeando por las inmediaciones —dijo Crest.

La cámara empleada era del tipo de revelado instantáneo. Sacó la placa y, momentos después, tenía la fotografía lista, en tamaño de 8x10.

El *flash* había resultado muy útil para iluminar plenamente la escena. El monstruo se veía con todos los detalles.

Crest llenó un vasito con *brandy* y se lo entregó a la joven.

—Beba —indicó.

Ella tomó un sorbo. Luego contempló la fotografía.

—No comprendo de dónde ha podido salir un ser tan horrible —dijo.

—Ésta es la evidencia que necesitamos —manifestó él—. Ahora iré a llamar a Camp Shawanee. Con mal tiempo o buen tiempo, precisamos ayuda.

—¿La policía?

Crest hizo un gesto afirmativo. Aline se puso en pie.

—Me siento agotada —dijo—. Voy a descansar un rato.

—Relájese —sonrió él—. Le conviene.

Aline caminó hacia su cuarto. Crest la llamó de pronto.

Ella se volvió.

—¿Doctor?

—Le diré una cosa: si Gillais se salva, le deberá la vida a usted.

Aline emitió una pálida sonrisa. Luego entró en el dormitorio y cerró la puerta.

Momentos después, llamaba a Camp Shawanee.

—Tenemos malas noticias, doctor —contestó el hombre que había establecido la comunicación—. El transmisor de larga distancia está averiado y hacemos todo lo posible por repararlo.

—Avíseme cuando funcione, es urgente, por favor —pidió Crest.

—Descuide, doctor.

Crest se mordió los labios. Aquella noticia era un serio contratiempo. Las circunstancias eran críticas. Le hubiera gustado tener a su lado al cabo Banquire, de la Policía Montada. Banquire era un hombre inteligente, mesurado y con una vasta experiencia. Podía ayudarles mucho… pero, de momento, tenía que conformarse con sus propias fuerzas.

Y la inapreciable colaboración de Aline, la enigmática mujer que parecía llegada de otro mundo.

* * *

North parecía haber digerido los hexápodos sin contratiempos. De todas formas, se dijo Crest, resultaría útil un análisis microscópico de sus heces fecales. Pero ahora, por el momento, tenía algo más interesante que hacer.

Se acercó a la radio, dio el contacto y esperó.

Segundos después oyó la voz de Kahawan.

—¿Cómo está, profesor? —saludó cortésmente—. Soy el doctor Crest.

—Oh, encantado, doctor. ¿Tiene noticias de mi ayudante?

—No, lo siento.

—Pobre hombre. Habrá perecido de frío en esta tormenta…

—Es lo más seguro, y lo peor de todo es que no podremos hacer nada hasta que se fundan las nieves.

—Lastimoso —suspiró Kahawan—. ¿Puedo serie útil en algo, colega?

—Sí, doctor. He oído decir que tiene usted a una mujer como ayudante…

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó Kahawan vivamente.

—Pete Gillais, el jefe de leñadores de Camp Shawanee.

—Sí, tuve una ayudante, pero la despedí a las pocas semanas, por incompetente. Además de otros defectos que prefiero no mencionar.

—¿Puede decirme el nombre de esa ayudante, profesor?

—¿Por qué le interesa tanto, Crest?

El joven captó una nota hostil en la voz de Kahawan.

—Si le he molestado, no he dicho nada, profesor —contestó.

—Se llamaba Jane… Jane Johnson —dijo el profesor.

«Miente», pensó Crest en el acto. Pero ¿cómo demostrarlo?

—Muchas gracias —se despidió.

Cortó la comunicación y, en el mismo momento, algo muy duro y contundente cayó sobre su cabeza.

Vio las estrellas y todo dio vueltas a su alrededor. No había perdido el sentido estrictamente, aunque se dio cuenta de que era incapaz de mover un solo dedo.

Había un ser extraño en el interior de la cabaña, adivinó, en su torpor. *North* parecía muy asustado y se había refugiado en un rincón, mientras el desconocido se movía libremente.

El embotamiento empezó a desaparecer, aunque Crest se daba

cuenta de que todavía no poseía la plena coordinación de sus músculos. Oyó ruidos metálicos y unos jadeos muy fuertes, junto con lo que le parecieron exclamaciones de dolor.

De pronto, hizo un esfuerzo y se puso en pie. La puerta de la cabaña se abría en aquel momento. Crest entrevió un torso desnudo y un brazo derecho amputado, con las vendas sanguinolentas cubriendo el muñón.

—¡Pete! —gritó.

Gillais no se volvió. Crest se dio cuenta de que el leñador llevaba algo en la mano izquierda, unos objetos que emitían sonidos metálicos al entrechocar, agitados por los movimientos de la marcha.

Vagamente, creyó adivinar las intenciones del leñador. El horror penetró hasta el fondo de su cerebro.

—¡Pete! —gritó de nuevo.

Quiso lanzarse tras Gillais, pero el golpe le había dejado sumamente débil y cayó de rodillas, teniendo que apoyarse con las manos, para no quedar tendido en el suelo.

Aline apareció de pronto en la puerta de su dormitorio.

—¡Jim! ¿Qué sucede? —exclamó.

—Gillais… Hay que impedirle…

Ella corrió hacia la puerta. Gillais estaba ya a unos cuarenta pasos de la cabaña. El viento había amainado notablemente y los copos de nieve eran mucho menos densos.

—¡Pete! —llamó.

El leñador se volvió. Aline pudo ver que tenía todo el cuerpo mojado en un líquido, cuya identidad no supo hallar.

—Señorita… dígale al doctor que me perdone por haberle golpeado —dijo Gillais—. Tenía que hacerlo, de lo contrario… Él no me lo habría permitido nunca… Dígale que no fue mi intención dañarle…

Con la mano sana, Gillais alzó la segunda lata de petróleo y la vertió sobre su cabeza.

Aline se mordía los labios. El horror paralizaba su lengua.

Crest hizo un esfuerzo y se arrastró hacia la puerta.

Gillais sonreía mientras el petróleo caía sobre su cuerpo.

Al terminar, sacó con la mano izquierda un revólver que tenía en la pretina de los pantalones.

—Tengo que hacerlo —dijo—. No quiero infectar a la humanidad entera.

Y enseñó el brazo derecho, en el que las escamas llegaban ya hasta más arriba del codo.

—Adiós, amigos —se despidió—. Ustedes hicieron lo que pudieron…

El revólver vomitó un fogonazo, junto a los pantalones. Una enorme llama surgió de inmediato y envolvió con sus ardientes lenguas de fuego el cuerpo del leñador.

Aline, tambaleándose, abandonó la puerta y buscó un lugar donde esconderse. Hasta sus oídos llegaron unos gritos inhumanos. Eran unos alaridos que no brotaban de la garganta de una persona, sino de una bestia que quería seguir viviendo y se sabía abocada a la destrucción irremisiblemente.

CAPÍTULO IX

Esta vez fue Crest el que supo mantenerse sereno. Sacó otra lata de petróleo y la vertió sobre aquellos irreconocibles restos ennegrecidos por las llamas. Prendió fuego al combustible y se retiró a la cabaña.

Cuando el combustible se hubo consumido, pensó en que sería preciso dar sepultura a los restos de Gillais. Aline continuaba sentada en el sillón, con expresión ausente.

—Aline —llamó.

La joven alzó la cabeza.

—¿Sí, doctor?

—Tenemos trabajo —dijo él.

—Lo que usted mande, doctor.

Aline se puso en pie.

—¿Qué es lo que debo hacer, doctor? —preguntó.

—Tenemos que continuar las pruebas para ver de encontrar un medio que nos permita destruir esos monstruos, antes de que proliferen más.

—Pero ya conocemos varios medios…

—Yo me refiero a algún método menos drástico, algo que no sea dañino para las personas. Ya sabemos que el fuego las mata y también los ácidos, aparte de la falta de alimentos, pero no podemos recurrir continuamente a esos procedimientos.

—Es que no se me ocurre ninguno, doctor.

Crest frunció el ceño.

—Usted ha estudiado Medicina, Aline —dijo.

Ella se pasó una mano por la frente.

—Tiene usted razón, porque, de lo contrario, ¿cómo podría haber suturado vasos y ligamentos en el muñón del pobre Pete? Y le he indicado tantas cosas que debía hacer… pero no puedo recordar en absoluto de dónde me vienen esos conocimientos médicos.

—¿Recuerda el nombre de Kahawan?
—No, Jim, en absoluto.
—¿Joe Littin?
—Tampoco.
—Bien, un día u otro recobrará su memoria. Al trabajo, Aline.
—Sí, doctor.
Antes de emprender la labor, comieron algo; necesitaban restaurar sus fuerzas. Crest observó el barómetro; parecía ligeramente inclinado al alza.
Quemaron todas las ropas de la cama donde había descansado Gillais tras la operación. Donde veían una mancha sospechosa, la quemaban con alcohol o ácido. De cuando en cuando, tomaban una muestra de madera, a fin de examinarla al microscopio. Abstraídos en su labor, no se dieron cuenta de que uno de los pequeños monstruos conseguía sacar uno de sus tentáculos fuera del bocal en donde se hallaba encerrado.
La punta del tentáculo rozó una pizca de algodón que yacía sobre la mesa. El algodón era sustancia orgánica.
Crest hizo también otro análisis.
—Las heces fecales de *North* muestran una normalidad absoluta —dijo.
—Lo que significa que ha digerido sin daños los hexápodos que se comió —contestó ella.
—Exactamente, y no crea que no me siento contento.
—Tiene motivos —sonrió Aline—. *North* es un animal precioso y sería una lástima que acabase como la pobre *Utta*.
—O como Gillais.
Aline se puso seria de pronto.
—Fue un hombre valeroso —elogió—. Se sacrificó por nosotros.
Hubo un momento de silencio. Luego, Crest preguntó:
—Antes dijo que había tomado muestras de la sangre de Gillais. ¿Qué ha hecho de ellas, Aline?
—Quemé dos de las muestras. La tercera quedó en un tubo de ensayo. Aquí está, doctor.
Crest puso el tubo al trasluz.
—No se ve nada —dijo.
—Sin embargo, hay hexápodos vivos. Están en una solución salina al cuatro por ciento, aproximadamente, y puse dentro algo

así como un milímetro cúbico de madera. La madera ha desaparecido, lo que indica les ha servido de alimento.

El joven asintió y volvió el tubo de ensayo a su sitio. De pronto. Aline recordó una cosa.

—Doctor, ¿dónde está la fotografía que tomamos del monstruo?

—En la sala, sobre la mesita de los licores.

—Gracias, doctor.

Aline buscó con la vista una lupa que había usado momentos antes. Después de encontrarla, se dirigió con ella en la mano hacia la sala.

Crest continuó su trabajo. Al cabo de unos minutos, oyó un fuerte grito de la muchacha:

—¡Jim, pronto!

Crest se levantó de un salto y corrió a la sala. Aline, en pie, junto a una lámpara, parecía presa de una fuerte excitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Jim… no sé cómo decírselo… pero creo que Gillais hizo bien en quemarse vivo…

—Fue un acto heroico, de eso no tenemos la menor duda. En veinticuatro horas, se hubiera convertido en un monstruo como el que vimos.

—Sí, como le sucedió a Joe Littin.

* * *

La señal acústica de la radio sonó de pronto.

Crest se separó de la muchacha y fue hacia la consola donde estaban los transmisores. Dio sus cifras de identificación y añadió su nombre.

—Doctor, soy Rim Lemaire —sonó una voz—. Ya tenemos reparado el transmisor de larga. ¿Qué quiere del cabo Banquire?

—Dígale que venga cuanto antes. Ah, y si es posible, que se traiga también un par de lanzallamas.

A veinte kilómetros, Lemaire puso cara de estupefacción.

«¡Un lanzallamas! Estos científicos están todos chiflados», pensó.

—Bueno, si usted lo dice…

—Y si no dispone de lanzallamas, que se traiga petróleo o

gasolina, pero en abundancia. Necesitamos quemar algo que puede producir una fuerte infección.

—Sí, doctor.

—Por cierto. Rim. Tengo entendido que el profesor Kahawan tuvo una ayudante. ¿La conoció usted?

—No, yo había ido de vacaciones a Edmonton cuando ella pasó por Camp Shawanee —respondió Lemaire.

—Entiendo, Rim. Muchas gracias.

—Una pregunta, doctor. ¿Qué sabe usted de Pete? Salió en busca de Bob Cutcheon…

—Tengo malas noticias para usted, Rim. Los dos han muerto.

Crest cortó la comunicación.

—Ahora sólo falta que mejore el tiempo para que el cabo Banquire venga cuanto antes —dijo.

Aline asintió. Todavía tenía en las manos la lupa y la fotografía.

Crest la miraba fijamente. Ella se sintió de pronto incómoda.

—¿Por qué me mira así, doctor? —preguntó.

—Antes ha dicho que el monstruo es Joe Littin —recordó él.

—Sin ningún género de dudas —confirmó Aline.

—Muy segura está de lo que dice.

Ella le tendió la lupa y la fotografía.

—Mire su cuello —indicó—. Verá una cadenita con un amuleto que es el morro de un rinoceronte bicorne, de marfil. La lupa permite apreciar ese detalle con toda facilidad.

—Sí —convino él, pasados unos momentos—, el amuleto se ve perfectamente con un buen aumento. Pero ¿cómo sabe usted que Littin tenía ese amuleto? ¿Se lo enseñó él?

—Solía vérselo en ocasiones. Se lo mordía a veces, cuando estaba preocupado por algo. Ya sabe, en estas circunstancias, cada persona tiene un tic peculiar, hace un gesto habitual…

—Es cierto —convino él—. Y, dígame, ¿dónde conoció a Littin?

Aline guardó silencio. Su pecho se agitó con fuerza, alterada su respiración bruscamente.

—¿En casa del profesor Kahawan? —añadió Crest.

—¿Estaba Littin con Kahawan?

—Sí.

—Entonces, no cabe duda; tuve que conocerlo allí. ¡Pero yo no recuerdo haber estado jamás en casa del profesor Kahawan!

* * *

El tiempo parecía mejorar ligeramente. Crest salió al exterior y cubrió los carbonizados restos del pobre Gillais con una manta, que sujetó luego con varios troncos, a fin de evitar que se la llevase el viento.

La nieve había cesado de caer. Sin embargo, las nubes estaban muy bajas.

Crest volvió a la cabaña, cerró y encendió una pipa. Aline estaba sentada frente al fuego, acariciando distraídamente la cabeza del perro, tumbado junto a ella.

Los troncos crepitaban alegremente en la chimenea. Crest se preguntó por las causas de la extraña amnesia de Aline, que le impedía recordar no sólo a Kahawan, sino su estancia en su casa como ayudante.

Creía que la muchacha era sincera y no fingía. Pero la amnesia le parecía muy rara. Aunque, sin duda, no era sino una especie de defensa de su mente, contra ciertos hechos que la habían conturbado de un modo extraordinario. Una parte del cerebro se negaba a tales recuerdos, con objeto de defenderse de la perturbación que la vuelta de la memoria podría ocasionarle.

En el laboratorio se produjo de repente un sonoro estallido de vidrios.

North alzó la cabeza de inmediato. Crest y Aline se volvieron hacia la puerta del laboratorio.

—Algo ocurre —dijo ella.

—Los hexápodos vivos —recordó Crest de pronto.

Aline se puso en pie de un salto. *North* tenía el vello erizado y gruñía fieramente.

—Cuidado —dijo el joven—. Es preciso actuar con precauciones, para no sufrir un daño quizá irreparable.

Aline hizo un gesto de aquiescencia. Crest recordó la forma en que había rechazado el ataque del monstruo y tomó con las tenazas un leño delgado, que ardía sólo por uno de sus extremos.

—Contenga a *North*, Aline —ordenó él.

La joven agarró el collar del perro. Crest avanzó paso a paso hacia la puerta del laboratorio. Asió el pomo y abrió de golpe.

Aline lanzó un fuerte grito.

CAPÍTULO X

Crest se detuvo en seco, contemplando el enorme animal que se deslizaba lentamente por el suelo del laboratorio, haciendo ondular sus tentáculos. Hubiera parecido una estrella de mar, de no ser porque su cuerpo y los tentáculos eran absolutamente lisos, sin vellosidades ni filamentos seudópodos.

El animal media ahora unos cuarenta centímetros de grosor y, extendidos los tentáculos, el doble de diámetro. Pero lo que más choco a Crest fueron las rayas de color escarlata vivo que se observaban en el cuerpo.

Eran tres, unidas por el centro en la parte más alta, formando como los brazos de una estrella de tres ramas. También parecía una «Y», según se mirase.

Cada una de las ramas abarcaba dos tentáculos. Crest empezó a sospechar la verdad.

—Acérquele el fuego —pidió Aline.

—Espere —dijo él—. Parece que se detiene…

El animal se paró. Las líneas escarlatas se hicieron más anchas, pero, al mismo tiempo, perdieron intensidad cromática.

Aunque parado, el animal, era sacudido por unos extraños movimientos ondulatorios que recorrían todo su cuerpo. De súbito, se partió en tres fragmentos exactamente iguales.

—¡Se reproduce! —gritó Aline.

—Cierto —corroboró Crest—. Reproducción por partenogénesis, pero no simple, sino triple.

Los tres nuevos seres se habían separado ligeramente. Crest observó que en cada uno de ellos empezaban a nacer cuatro tentáculos más.

Pero el proceso de reproducción les paralizaba casi por completo. Crest decidió aprovechar la ocasión.

—Los quemaré en la chimenea —dijo—. Aline, sujete bien al

perro.

Ella obedeció. *North* seguía gruñendo fieramente. Crest volvió el tronco ardiente a la chimenea y luego regresó al laboratorio.

Con las pinzas, agarró uno de los hexápodos. El animal se debatió levemente. Crest corrió a la chimenea y lo arrojó al fuego.

Un horrible chillido, de tonos agudísimos, brotó al instante de las llamas. El hexápodo se agitó frenéticamente, pero sus movimientos duraron escasos segundos.

El hedor era insufrible. Crest arrojó al fuego los otros dos nuevos seres, en los que se reprodujeron exactamente los mismos fenómenos.

Aline sentía náuseas. El perro pareció tranquilizarse; incluso agitó la cola, en señal de contento.

Crest examinó los restos del bocal, encontrando la explicación en el acto. El animal había aumentado de tamaño y este simple hecho bastó para romper su cárcel de vidrio.

—Pero eso significa que comió algo de alimento —dijo.

—Estaba tapado, eso es imposible —alegó Aline.

—De algún modo lo consiguió. Pero lo importante es que nos hemos deshecho de él.

—Aún queda otro, Jim.

Crest se acercó al segundo bocal, en donde el hexápodo flotaba mansamente.

—Si se reproduce…

—Yo diría que necesita alcanzar determinado tamaño —opinó la joven—. Por tanto, no hay peligro de ruptura del bocal, debido a que resulte insuficiente para contener los tres seres que puede originar el que tenemos a la vista.

—Sí, parece lógico —convino él pensativamente—. Si mejorase el tiempo… —añadió de pronto.

Aline le contempló con interés.

—¿Qué haría, Jim? —preguntó.

—Me acercaría con el oruga de Pete a Red Pine Hill. Hemos visto al monstruo en que se convirtió Littin, pero no olvidemos que a Cutcheon le pasó lo mismo y que ha muerto.

—Y a usted le gustaría averiguar las causas de su muerte.

—Sí, Aline.

Hubo un momento de silencio.

—Voy a proponerle una cosa —dijo ella—. Esperemos a mañana. Quizá tengamos mejor tiempo.

—No es mala idea —suspiró Crest—. Aline, francamente, nunca había lamentado tanto el encierro en la cabaña. En lo más duro del invierno, cuando me pasaba días y días sin poder salir, me encontraba satisfecho y contento, pero ahora… Necesito moverme, hacer algo o acabaré por explotar.

Aline le dirigió una mirada de simpatía.

—Hemos pasado muchos contratiempos —dijo—. Resulta lógico su estado de ánimo, pero ya se le pasará.

* * *

El cielo, incluso, parecía tender a despejarse. A las ocho de la mañana. Aline oyó un fuerte petardeo en el exterior.

Se asomó a una de las ventanas y divisó a Crest en la cabina del oruga. Los petardeos se producían con regulares alternativas y la muchacha comprendió que Crest trataba de calentar el motor del vehículo.

Rápidamente, se aseó y se vistió. Cuando terminaba, entró Crest.

—El oruga funciona perfectamente —informó—. Vamos a desayunar; nos iremos enseguida.

—¿Sabe manejar esa clase de vehículos? —preguntó ella, mientras trasteaba en el fuego.

—Sí, claro. Además, por dentro son muy cómodos. Incluso disponen de aire climatizado, lo que con estas temperaturas no deja de ser una ventaja.

—¿Cuánto marca el termómetro, Jim?

—Seis negativos —respondió él—. Pero el viento es muy flojo. No obstante, sospecho que antes de que acabe el día volverá la ventisca. Será el último ramalazo del invierno.

—Así lo deseo yo también —dijo Aline.

Media hora más tarde, convenientemente abrigados, se dispusieron a emprender la marcha. Por precaución, Crest llevó consigo la escopeta, cargada con gruesas postas. *North* les acompañaría también; su fino instinto podía servirles de mucho en determinadas circunstancias.

El motor del oruga roncaba satisfactoriamente. A los pocos minutos, el termómetro interior marcaba 22°, lo que les permitió quitarse los chaquetones. En el asiento posterior, *North* luchaba por mantener el equilibrio. Las irregularidades del terreno hacían que el vehículo, pese a su moderada velocidad, saltase y rebotase con más frecuencia de la deseada.

Crest dio un largo rodeo, a fin de evitar pasar por el lago. Estaba helado, pero la capa de hielo era demasiado endeble para soportar el peso del oruga.

Unas dos horas más tarde, avistaron una fila de colinas romas, bajas, espesamente cubiertas de árboles.

—El refugio está a la derecha —indicó Crest.

Minutos más tarde, vieron un amontonamiento que no parecía natural. Crest detuvo el oruga y cortó el contacto.

Acto seguido se pusieron los gorros de piel y los chaquetones. Aline se hizo cargo de la cámara fotográfica. Crest abrió la portezuela y saltaron al suelo.

El silencio era absoluto. De cuando en cuando, sin embargo, se oía un chasquido; el peso excesivo de la nieve hacía quebrarse algunas ramas de los árboles.

Hundiéndose en la nieve hasta más arriba de la rodilla, avanzaron hacia la cabaña, en la que, tal como había aconsejado Crest, estaban abiertas la puerta y las ventanas. La nieve había penetrado en abundancia en el interior, cubriendo todos los muebles. En el centro se veía un bulto blanco de forma alargada.

Aline se sintió fuertemente impresionada al comprender lo que había bajo aquel amontonamiento de nieve Crest buscó con la vista y al no encontrar lo que deseaba salió afuera y soltó de sus encastres el hacha que había en el oruga como parte del equipo de herramientas para casos de emergencia.

Cortó un par de ramas, abundantes en follaje. De este modo tuvo una escoba, con la que limpió la nieve que cubría aquel cuerpo caído en el suelo de la cabaña.

Cutcheon quedó al descubierto. Aline sintió un estremecimiento de horror al ver el monstruo en que se había convertido el infeliz leñador.

Pero, reponiéndose, tiró un par de placas. Luego, dijo:

—Jim, hay algo que no entiendo. ¿Por qué Littin vivo y Bob

tuvo que morir?

Crest contempló unos instantes al horrible ser que tenía ante sus ojos.

—Lo ignoro —contestó—. Sólo la autopsia nos revelaría, tal vez, las causas de esa muerte, en aparente contradicción con la realidad con que nos enfrentamos.

—Deberíamos tomar muestras para analizarlas en el laboratorio y ver si los gérmenes siguen viviendo después de la muerte del cuerpo en que se alojaron —sugirió Aline.

—Según nuestros experimentos, murieron por no…

—Pero fuera de un cuerpo humano, si humano puede llamarse a esto que tenemos delante. Y no sabemos aún si es muerte o letargo lo que les sucede a los hexápodos en estado microscópico.

—Tiene usted razón —convino él.

Aline se volvió hacia la puerta.

—En el oruga hay un botiquín de urgencia. Supongo que, entre otras cosas, tendrá tijeras y pinzas —dijo.

Crest no contestó. Arrodillado junto al monstruo, lo contemplaba con sumo interés, tratando de hallar algunos rastros humanos en el espantoso rostro escamoso que había sustituido al de Cutcheon.

Aline regresó a los pocos momentos.

—Cuando quiera, Jim.

Crest se quitó los guantes y tomó las tijeras. Con la otra mano, sostenía las pinzas. Tras algunos titubeos, eligió un trozo del antebrazo, que le pareció menos dificultoso para la toma de muestras. El frío parecía haber convertido en piedra la piel escamosa del monstruo. No obstante, y después de forcejear un rato, consiguió cortar un trozo de unos cinco o seis centímetros de lado.

Súbitamente, *North* lanzó un fuerte aullido.

—¡Viene alguien! —exclamó Aline, alarmada.

Crest se puso en pie vivamente. Dejó las tijeras con la muestra de piel sobre un montón de nieve compacta y corrió hacia la puerta, en donde tenía la escopeta, apoyada contra la pared.

Aline se situó junto a él. *North* continuaba ladrando furiosamente.

—No veo a nadie —dijo Crest, pasados unos momentos, pero sin

quitar el dedo de los gatillos del arma.

De pronto, Aline se fijó en el perro.

North estaba a unos pasos de distancia. Sin embargo, no ladraba denunciando un peligro que pudiera acercarse a ellos, sino que sus protestas se dirigían precisamente hacia la cabaña.

La joven se sintió invadida en el acto de un sudor frío.

—Jim… detrás de nosotros… —tartamudeó.

Crest se volvió con la velocidad de un rayo. Horrorizado, vio que el monstruo empezaba a incorporarse lentamente, volviendo de nuevo a la vida.

CAPÍTULO XI

El perro dejó de ladrar y, acurrucándose en el suelo, empezó a gemir sordamente. Crest reaccionó con viveza:

—¡La cámara, Aline, la cámara! —gritó.

—Está dentro de la cabaña —se lamentó ella.

Crest dio unos pasos hacia delante. Aline sintió miedo.

—¡Jim, cuidado!

El joven llegó al umbral. La cámara estaba colgada de un clavo por la correa. Tiró de ésta y retrocedió vivamente.

—Aprisa, Aline, dispare todas las placas que pueda.

Ella actuó decididamente. Cutcheon, o el monstruo en que se había convertido, daba señales de recobrar una mayor facilidad en sus movimientos.

Crest levantó la escopeta.

—Aline, no tengo más que una solución —dijo.

—¿Lo va a matar? —preguntó.

—No puedo consentir que este ser monstruoso vaya esparciendo por la Tierra su semilla maligna. Ignoro qué le ha hecho revivir, pero sí sé qué le hará morir —contestó él firmemente.

El monstruo se incorporó. Sus ojos, redondos, saltones, brillaban como ascuas de resplandor intermitente. La cara, escamosa, era lisa, casi semiesférica, con una línea horizontal de unos quince centímetros de longitud. Crest pensó que la boca no sólo servía para ingerir alimentos, sino también para aspirar el aire necesario para la respiración.

La escopeta apuntó el amplio tórax del monstruo. Aline contenía el aliento.

Crest pensó que quizá con dos cartuchos no tendría suficiente. Por fortuna, llevaba otros de repuesto en los bolsillos del chaquetón.

El índice se curvó sobre los gatillos. Pero, de súbito, antes de

que saliera el tiro, se oyó un horrible ronquido y el monstruo se desplomó de espaldas.

Crest bajó la escopeta, lleno de desconcierto.

—¿Habrá muerto? —exclamó.

—Cuidado. A pesar de su figura, es un ser inteligente. Puede tratar de tenderle una trampa.

—No lo creo —respondió él—. Por lo que sabemos, estos seres, además de enormemente fuertes, son muy ágiles. Su simple fortaleza física le bastaría para derrotarnos, de no contar yo con una escopeta.

Desamartilló el arma y la dejó apoyada contra la pared. Luego hurgó en sus bolsillos y sacó un fonendoscopio.

Aline contuvo la respiración mientras, valerosamente, Crest auscultaba al monstruo. Al cabo de unos momentos, el joven se puso en pie.

—Ha muerto —exclamó.

—¿Se le ocurre alguna causa?

—Colapso cardíaco. Es muy probable que su corazón no pudiera resistir el terrible esfuerzo psicofísico que haya supuesto su mutación corporal.

—Pero estuvo varios días aquí…

—Tal vez aletargado, simplemente. Gillais pudo creer que Cutcheon estaba muerto, lo que, en sus circunstancias, resulta lógico.

—Ahora, sin embargo, ha resucitado para morir a los pocos segundos.

—Tiene su explicación: un momentáneo aumento de la temperatura. Cuando Gillais lo encontró, andábamos cerca de los veinte bajo cero. Ahora estamos en los seis negativos y, además, le hemos quitado la capa de nieve que lo cubría. Pero, repito, el corazón no ha podido resistir el esfuerzo.

—Quizá ha vuelto a aletargarse —sugirió Aline.

—En todo caso, hay una solución, más eficaz aún que los disparos de escopeta que no he necesitado disparar.

Crest guardó cuidadosamente la muestra de tejido tomada al monstruo. Le hubiera gustado examinarlo con más detenimiento, llegando a lo más íntimo de su organismo, pero prefería no satisfacer su curiosidad científica, ante el riesgo que suponía poder

originar otros monstruos.

En el depósito del refugio, encontró abundancia de petróleo de reserva. Derramó unas cuantas latas sobre el cuerpo del monstruo y sobre el tejado de la cabaña. Otras fueron a parar al oruga, para suplir las que había consumido la víspera.

Una cerilla fue suficiente para que el refugio se convirtiera instantáneamente en una enorme hoguera. Crest y Aline contemplaron el incendio a prudente distancia.

Después del bramido inicial del fuego, se oyó un lejano rugido, que parecía proceder de las entrañas de la tierra. Aline y el joven intercambiaron una mirada.

North volvió a ladrar, pero ahora sus ladridos tenían un inconfundible tono de júbilo.

—Estaba vivo todavía —dijo ella.

Crest asintió.

—No puedo arrepentirme de lo que he hecho —confesó—. Cutcheon no es culpable de lo que le ha sucedido, pero recuerdo a Gillais y no quiero que otro hombre tenga que pasar por el mismo trance.

—Sí, es cierto. Sin embargo, Littin continúa vivo.

Los labios de Crest se contrajeron. De pronto, notó en la cara la frialdad de un copo de nieve.

Levantó la vista. El cielo se oscurecía de nuevo.

—Será mejor que regresemos —propuso.

* * *

Era grato estar de nuevo en casa, frente a las alegres llamas de la chimenea. Crest preparó dos ponches bien calientes, que les confortaron notablemente.

—Hay un punto que me gustaría aclarar, Aline.

—Sí, Jim —contestó ella.

—Usted vino aquí y huía de algo, aunque no tengo la menor idea…

—Tampoco yo sé por qué huía. Debía de ser algo espantoso, Jim.

—¿Littin?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Lo siento. Mi mente sigue en blanco todavía para muchas cosas —repuso.

—Pero admite que conoció a Littin en casa de Kahawan.

—Un momento —puntualizó Aline—. Yo dije que conocí a Littin. Sin embargo, no mencioné nunca que fuese en casa del profesor Kahawan.

—Es cierto —concordó él—. Pero Kahawan tenía una ayudante…

—¿Yo?

—Usted no lo recuerda, es obvio. Kahawan lo niega, y si era usted esa ayudante, sería interesante conocer los motivos de su negativa. Por otra parte, a usted también le interesa conocer la verdad, puesto que de este modo le será más fácil curar de su amnesia parcial.

—Pero no hay manera de averiguarlo… al menos con este tiempo —exclamó ella—. No me opongo a ir a la casa del profesor Kahawan, Jim, aunque debemos esperar a una segura mejoría del tiempo que nos evite contratiempos en el camino.

—El profesor dijo que su ayudante se llamaba Jane Johnson. Creo que podremos tener la solución dentro de poco —manifestó Crest.

Y, con paso resuelto, se dirigió hacia la radio.

Momentos más tarde, estaba en contacto con Camp Shawanee.

—Rim, quiero pedirle un favor —dijo.

—Lo que usted mande, doctor —contestó Lemaire.

—Hágame el favor de indagar por ahí. La ayudante del profesor Kahawan pasó por el campamento hace algunas semanas. Usted dijo que entonces se hallaba de vacaciones en Edmonton.

—Así es, doctor.

—Bien, pero alguien recordará a esa señora. Pregúntele si sabe su nombre. Tuvo que detenerse en Camp Shawanee para orientarse y que alguien la llevase a casa del profesor, usted ya me entiende, Rim.

—Sí, doctor, haré lo que pueda. Le llamaré en cuanto sepa algo.

—Gracias, Rim.

Crest apagó el transmisor y se volvió hacia la joven.

—Bueno, es cuestión de un poco de paciencia —sonrió.

—Quizá sea ésa la mejor solución, en efecto —admitió ella.

—Creo que no podíamos haber hecho otra cosa. Bien, me voy al laboratorio, tengo algo de trabajo.

Aline se puso en pie.

—Le ayudaré, no me gusta estar inactiva —dijo.

El tubo de ensayo en que había guardado la tercera muestra de la sangre de Gillais mostraba una actividad inusitada. Con una pipeta, Crest tomó una gota y la colocó en un portaobjetos, que situó inmediatamente bajo el microscopio.

—Hay muchos hexápodos, no cabe la menor duda —dijo, después de unos momentos de atento examen.

Probó con una gota de ácido. Los seres murieron inmediatamente.

En otra platina, colocó una segunda gota de la muestra. El fuego acabó con ellos.

—Son unos métodos eficaces, pero insuficientes —dijo—. Me gustaría encontrar otro más eficaz, pero también inofensivo para los seres humanos.

—Ya lo encontrará —aseguró Aline—. Pero todavía, que yo sepa, no ha examinado la muestra de piel tomada del cuerpo de Cutcheon.

—Podemos hacerlo ahora mismo, claro.

* * *

Un cuarto de hora más tarde, Crest llegaba a una conclusión.

—Es córnea pura, como las pezuñas de los caballos, como nuestras uñas… pero, indudablemente, contiene algún germen invisible, que es el que da origen a esos hexápodos. Este microscopio es impotente para verlos, cuando tienen esos tamaños tan diminutos.

—Ponga junto a la muestra de piel un trozo de sustancia orgánica, por ejemplo, una pizca de carne —sugirió Aline.

—Probemos, pues —convino él.

La prueba dio un resultado positivo. A los pocos minutos, empezaron a verse los primeros hexápodos.

—Me gustaría saber cómo son capaces de alcanzar tamaños tan

enormes, partiendo de un origen inframicroscópico —dijo Crest, sumamente preocupado—. Hay animales que son muy pequeños al nacer, por ejemplo, el canguro, que no mide más de un centímetro o dos y luego alcanza hasta dos metros de estatura. Pero no había visto nunca tanta diferencia entre el animal recién creado y el adulto.

—¿Cómo sabe usted que es adulto?

—El estado de adulto, en todas las especies vivientes, se caracteriza por la facultad de reproducción —contestó el joven.

—He hecho una pregunta estúpida —se acusó Aline—. Se me ocurre una idea —añadió de pronto.

—¿Sí?

—¿Por qué no alimentamos al hexápodo que tenemos en el bocal y estudiamos lo que sucede después de su reproducción? Con las debidas seguridades, por supuesto.

—Necesitaríamos un recipiente bastante grande y seguro y no dispongo de ninguno en estos momentos.

—La bañera.

Crest se puso en pie.

—No disponemos de una tapa de cristal lo suficientemente grande para evitar que los hexápodos escapen. Y tampoco sabemos de qué son capaces en estado adulto y sueltos. Por ahora, prefiero esperar —decidió.

—Muy bien, como quiera, Jim —se resignó Aline.

El joven sonrió.

—¿Por qué no preparamos algo de comer? —sugirió.

—No es mala idea. Quizá mientras tanto encontremos una solución —contestó la muchacha.

Mientras ella preparaba la cena, Crest abrió un tubo y le entregó una tableta.

—¿Qué es esto? —preguntó Aline.

—Vitamina C. Tomo, al menos, una tableta diaria, cuando no dos. En este tiempo y en estos parajes, no se dispone tan fácilmente de frutas y verduras frescas. Le parecerá mentira, pero podríamos enfermar de escorbuto.

—Como en los largos viajes en los barcos de vela de siglos pasados —sonrió la muchacha.

—Exactamente. La vitamina C evita ese riesgo.

Aline se puso la tableta en la boca y la ingirió con la ayuda de un par de sorbos de agua.

—Bueno, ya me he tomado mi ensalada sintética —dijo, de buen humor.

La señal acústica de la radio se dejó oír en aquel momento.

—Perdóneme —se disculpó Crest.

Salió de la cocina y se acercó al transmisor.

—Habla Crest —dijo.

—Hola, doctor —dijo Lemaire—. Ya tengo la información que desea.

—¿Y bien, Rim?

—La ayudante se llamaba, se llama, mejor dicho, Jane Johnson.

Crest retuvo el aliento un segundo.

—Rim, ¿sabe, si sigue en casa del profesor? —preguntó al cabo.

—Es de suponer, doctor, porque nadie la ha visto de vuelta por Camp Shawanee.

—Gracias, Rim, eso es todo —contestó el joven, tremendamente decepcionado por los informes que acababa de recibir.

CAPÍTULO XII

Pasada la medianoche, Crest oyó un ruido que le despertó súbitamente.

Recostado parcialmente en la cama, escuchó con toda atención. Alguien se movía en el interior de la casa.

Sin hacer el menor ruido, se puso en pie, calzándose con unas zapatillas forradas de piel. Envolvió su cuerpo en una bata de gruesa lana, y agarrando la escopeta, que ahora dejaba siempre al alcance de la mano, salió del dormitorio.

En la sala no había otra luz que la que procedía de las llamas de la chimenea. Crest se dio cuenta de que el fuego había sido reavivado.

Había luz en el cobertizo destinado a almacén. *North* dormía apaciblemente junto al fuego, lo que indicaba que no había peligro por el momento.

Pero Crest no se fiaba. La respuesta que le había dado Lemaire le había hecho cavilar mucho.

Aline recordaba haber visto cierto amuleto pendiente del cuello de Littin. Eso sólo podía haber ocurrido en la casa del profesor. Pero si la ayudante se llamaba Jane Johnson, ¿de dónde había salido Aline, que no era conocida en Edmonton ni en Montreal?

¿Y qué había sido de la ayudante? Kahawan decía haberla despedido, pero ¿no la habría asesinado?

Paso a paso, llegó a la entrada del cobertizo. Tenía otra puerta que daba al exterior, pero estaría bloqueada por la nieve. Por tanto, el único camino para llegar allí era utilizando la puerta que daba a la sala.

Crest se asomó a la puerta. Sí, Aline estaba allí, haciendo algo que no podía ver, a la vez que canturreaba algo en un idioma que le resultaba completamente desconocido. Como canadiense, Crest conocía las dos lenguas del país: inglés y francés, pero lo que decía

Aline en su canción, más bien melopea, debido a su ritmo casi igual, le resultó absolutamente ininteligible.

Avanzó un paso más, siempre con la escopeta a punto. De pronto, vio que Aline estaba en pie junto a un gran bidón, echando algo a su interior con una mano. A Crest le pareció como si estuviese echando miguitas de pan a los peces de un lago.

Una cólera infinita llenó su mente en el acto.

—¡Aline! —gritó.

Ella, sobresaltada, se volvió.

—¡Jim! Oh, es usted… Qué susto me ha dado…

—El susto me lo está dando usted —contestó él de malísimo talante—. ¿Qué diablos hace ahí?

Aline apretó los labios. Crest avanzó un par de pasos y entonces lo vio todo y su cólera subió de punto.

—Ha puesto ahí uno de los hexápodos —dijo.

El barril, metálico, había servido para contener petróleo. Ahora estaba casi lleno de agua. El hexápodo flotaba en su interior, desplazándose con rápidos movimientos de un lado para otro.

—Aline, esto es una terrible imprudencia…

—Jim, tenemos que estudiar bien a estos pequeños monstruos —exclamó ella, suplicante—. Sólo así podremos conocer la forma de combatirlos con absoluta efectividad. Usted estaba cansado y yo decidí actuar por mi cuenta.

—Es como si hubiese abierto la caja de los males —dijo él hoscamente.

—Con precaución, no ocurrirá nada. Mire, Jim, ha aumentado de tamaño en menos de media hora. Creo que pronto iniciará su proceso de reproducción.

—Y los echaré a todos al fuego.

—Política de avestruz —calificó Aline cáusticamente.

—No me importa lo que diga. Usted ya ha visto lo que le pasó a Pete Gillais, ha visto a Cutcheon, sabe qué le ocurre a Littin… ¿Quiere transformarse en uno de esos seres horribles?

—He tomado todas las precauciones imaginables. No me ocurrirá nada —aseguró ella con firme acento.

Crest estuvo a punto de soltar una barbaridad, pero se contuvo. Se acercó al bidón y contempló el interior con gran interés, olvidado por un momento de su cólera.

En el cuerpo del hexápodo se notaban ya las líneas de color rojizo que indicaban el comienzo del proceso de reproducción. De repente, Crest lanzó un pequeño grito de dolor.

—¿Qué le sucede? —preguntó Aline, alarmada.

Crest se miró la palma de la mano derecha, en la que aparecían unas gotitas de sangre. Abstraído por el fascinante espectáculo del hexápodo, a punto de multiplicarse en tres seres idénticos, había apoyado la mano en el borde del bidón, hiriéndose con un trozo de rebaba, producto de un corte irregular al quitar la tapa.

La cara de Aline se convirtió en una máscara de blancura total. Crest sintió que las piernas se le convertían en algo que apenas si podían sostenerle.

Una gota de sangre cayó al líquido donde flotaba el pequeño monstruo. El hexápodo se lanzó hacia el trozo de líquido levemente enrojecido y lo hizo desaparecer en un instante.

* * *

—No le ocurrirá nada, ya lo verá —dijo Aline, mientras curaba el corte en la mano del joven.

Crest permanecía silencioso. Se sabía condenado a una muerte horrible.

Unas horas más tarde, la mano se le convertiría en una monstruosa zarpa escamosa, con seis garras. Después…

Tendría que hacer lo mismo que Gillais o arriesgarse a vivir convertido en un horrible monstruo, como Littin. Quizá sobreviniera el piadoso colapso cardíaco, como en el caso de Cutcheon, pero, como fuera, su suerte no era envidiable en modo alguno.

—No hay motivos para temer el contagio —añadió ella, a fin de tranquilizarle.

—Hay motivos de sobra y usted lo sabe —declaró Crest agriamente—. El barril está lleno hasta el borde. Apenas falta un centímetro para que el agua rebose por la parte superior. Yo mojé dos o tres dedos, sin darme cuenta. En estado ultramicroscópico, esos seres poseen una gran velocidad. Si estuve allí apoyado dos o tres minutos, e incluso con uno, es más que suficiente para que mi

sangre sea ya un vivero de hexápodos.

—Bien —contestó Aline—, en tal caso, ¿por qué no hacemos un examen microscópico? Si tiene la sangre infectada, es el mejor medio para salir de dudas, ¿no le parece?

Crest guardó silencio unos momentos. Luego, al fin, alargó la mano herida.

Aline tomó un portaobjetos, lo desinfectó cuidadosamente y, acto seguido, lo situó junto a la herida, tomando una pequeña muestra de la sangre que aún salía. Fue a tapar el corte con una tira de cinta adhesiva, pero Crest retiró la mano.

—Utilice el microscopio —dijo con brusquedad—. Yo mismo me curaré esa herida.

Ella asintió. Crest permanecía en pie, a pocos pasos del microscopio.

Un minuto más tarde, Crest vio que el rostro de la joven adquiría una espantosa palidez.

Aline se echó a llorar.

—Ha sido por mi culpa, Jim…

* * *

Las horas seguían transcurriendo. Crest estaba sentado frente al luego, convertido en una estatua, con la vista obstinadamente fija en su mano derecha.

Hacía ya mucho rato que se había hecho de día. Unos fuertes golpes que sonaban le sobresaltaron bruscamente.

Aline salió corriendo del laboratorio.

—¿Quién puede ser? —preguntó.

Crest continuó en la misma postura. Aline corrió a una de las ventanas y miró a través de ella.

—¡Abran! —sonó una voz en el exterior—. ¿No hay nadie? Soy el cabo Banquire, de la Policía Montada.

Aline quitó la tranca y levantó la aldaba. Un hombre, de unos cuarenta años, cruzó el umbral y se quedó mirando de hito en hito a la joven.

—Hola, cabo —saludó Aline.

Banquire se quitó cortésmente el gorro de piel con que cubría la

cabeza.

—Señorita —dijo cortésmente—. ¿No está el doctor?

—Allí, sentado junto al fuego. Soy Aline Rambault —se presentó ella.

Banquire divisó entonces a Crest. El alto respaldo del sillón le ocultaba a la vista casi por completo, a cualquiera que viniese de la puerta.

—¿Qué le sucede? ¿Está enfermo?

Crest rompió su mutismo:

—Cuéntele lo ocurrido, Aline —dijo—. Enséñele las fotografías que hemos tomado. No le oculte nada de la verdad… pero dígale también que tenga a punto su revólver de reglamento.

Banquire miró a la joven.

—¿Está enfermo? —preguntó.

Los ojos de Aline se llenaron de lágrimas.

—Creemos que va a morir —respondió.

Banquire soltó un resoplido. Luego empezó a desabotonarse su grueso chaquetón de pieles.

—Siento no haber podido venir antes, pero el temporal no permitía el despegue de un solo avión —se justificó—. En Camp Shawanee me han dicho que Gillais y Cutcheon han muerto, aunque ignoran más detalles.

—Yo le contaré todo, cabo —manifestó Aline—. ¿Me aceptará antes una taza de café?

—Será un placer —sonrió Banquire.

Mientras ella iba a la cocina, el cabo se acercó a Crest.

—Doctor, dígame usted algo —solicitó—. Usted es un hombre resuelto, decidido, de firmes convicciones… no puede dejarse morir tan fácilmente, por grave que sea la enfermedad que le ha atacado. En todo caso, le llevaré en el oruga a Camp Shawanee y allí tomaremos el avión para Edmonton.

—Mi enfermedad es incurable, cabo —respondió el joven—. Y si no me cree, vaya a la mesita donde están las botellas de licor y examine las fotos que hay allí.

Banquire miró un instante a Crest y luego cruzó la estancia. Segundos más tarde, lanzaba una exclamación:

—¡Dios mío, esto es horrible!

—Así, siendo uno de esos monstruos, acabaré yo —dijo Crest

con lúgubre acento.

* * *

Banquire estaba sentado junto al fuego, contemplando una y otra vez las fotografías. Aline ya le había relatado todo lo ocurrido y el policía no acababa aún de salir de su asombro.

—Pero ¿qué es lo que ha podido producir semejante enfermedad? —exclamó Banquire, cuando ella terminó su narración.

—Lo ignoramos. Conocemos algunos medios de combatir a esos animales con eficacia, pero resulta tarde ya una vez han infectado la sangre.

—No tengo cura —insistió Crest.

—Un momento —dijo Banquire—. ¿Cuándo se produjo la herida, doctor?

—Pasadas las doce de la noche, doce y media, tal vez.

—Sí, más o menos era esa hora —convino la joven.

Banquire se acarició la mandíbula.

—La propagación de la enfermedad es muy rápida, creo —dijo.

—Bien, en todo caso, depende del organismo de cada persona…

—¿Cuánto tardó en declarársele a Gillais?

Crest dio la respuesta:

—Yo diría que unas seis horas, quizá un poco más, cabo.

—Y usted se hirió a las doce y media.

—Efectivamente.

Banquire consultó su reloj.

—Van a dar la una y cuarto. Por tanto, han transcurrido ya casi trece horas desde que se produjo la infección. ¿Cómo es que no hay síntomas todavía?

Hubo un momento de silencio. Aline contemplaba fijamente el rostro de Crest.

—¿Hace mucho tiempo que le ha analizado la sangre, señorita Rambault? —preguntó Banquire.

—Serian la una, quizá unos minutos más…

—Es decir, hace doce horas.

—Sí, cabo.

De nuevo volvió el silencio. Banquire lo rompió para decir:

—Sugiero la conveniencia de un nuevo análisis microscópico, señorita Rambault, doctor Crest.

CAPÍTULO XIII

Aline lanzó un agudo grito.

—¡La concentración de hexápodos ha disminuido!

Crest oyó la voz de la joven y abandonó su atonía, poniéndose en pie de un salto. Corrió al laboratorio y vio a Banquire inclinado sobre el microscopio.

—Esto parece un milagro. —Los labios de Aline temblaban perceptiblemente—. La proporción es ahora de uno por milímetro cúbico, cuando antes había ocasiones en que llegaban a seis. Además, no han aumentado de tamaño; siguen tan pequeños como cuando los examiné anoche.

Banquire se separó del microscopio.

—En lo que se refiere a medicina, yo entiendo muy poco, salvo en lo referente a primeros auxilios, ya que lo requiere mi profesión —dijo—. Pero, a pesar de todo, podría asegurarse que usted posee unos anticuerpos que evitan la proliferación de esos monstruos, doctor.

—¿Qué anticuerpos, cabo?

Banquire se encogió de hombros.

—Se necesitaría un microscopio electrónico, de un millón de aumentos —respondió—. Pero, puesto que es forzoso dar crédito a todo lo que he escuchado, no cabe duda de que está usted eliminando esa enfermedad.

Crest se contempló la mano herida.

—No… no lo acabo de entender… Yo soy un hombre normal, hijo de padres normales…

—En cuanto mejore el tiempo, iremos a Edmonton —decidió Banquire.

—No —exclamó el joven, resuelto—. Me quedaré aquí, hasta aclarar el misterio. Aline, creo que conservamos todavía una muestra con sangre de Gillais.

—Así es, Jim.

—Vamos a hacer más pruebas… —De pronto, Crest se interrumpió para lanzar una exclamación—. Antes de dar un solo paso, tenemos que eliminar un grave peligro —dijo.

—¿Peligro? ¿Cuál es? —preguntó Banquire.

—Tres hexápodos adultos, que están en el cobertizo y de los cuales nos hemos olvidado por completo.

—¿Tres? Yo creí que sólo tenían uno…

—Empezaba el proceso de reproducción cuando me herí —respondió Crest—. ¿Ha vuelto usted allí, Aline?

—No, simplemente, tapé el barril y aseguré la cubierta con unos cuantos troncos —declaró la muchacha.

—Vamos, no perdamos un segundo más.

Echaron a correr. Crest, esperanzado, se sentía volver a la vida nuevamente.

Llegó el primero. Lanzó los troncos a un lado y apartó la tapa.

Un grito brotó de su garganta.

—¡Está muerto! ¡Ni siquiera consumó el proceso de reproducción!

* * *

—Habrá muerto asfixiado —sugirió Banquire, mientras contemplaba la horripilante forma que flotaba en el líquido.

—No lo creo. La tapa no tenía un hermetismo absoluto; simplemente, le impedía salir. Pero no se me alcanzan los motivos de su muerte —manifestó Crest.

—Falta de alimento —opinó Aline—. La inanición les es fatal; necesitan alimentarse casi de continuo.

—No, no ocurrió así, al menos en este caso. El animal murió pocos momentos más tarde de haber tapado el barril. De lo contrario, se hubiera reproducido y entonces veríamos tres cadáveres.

—¿Es peligroso una vez muerto, doctor? —preguntó Banquire.

—No lo sé. Mi opinión es que debemos quemarlo, como hicimos con los otros.

—Pero el interés científico…

—Tenemos una muestra, con abundancia de ejemplares vivos —alegó Crest—. Y en mi sangre hay más.
—Suponiendo que estén vivos —dijo Aline.
—Lo que resultaría interesante es tomar una muestra de los tejidos de ese animal muerto y analizarlo a fondo… pero más tarde. ¿Saben una cosa los dos? Estoy muerto de hambre —exclamó Crest inesperadamente. Aline se echó a llorar.
—¡Caramba! ¿Qué le pasa? —preguntó Banquire, muy serio.
—Es que… pensé que iba a morir… por mi culpa… —hipó la joven—. Y ahora… hasta tiene ganas de comer y todo…
Banquire se echó a reír.
—En confianza, señorita, yo también tengo apetito —dijo alegremente.
Aline se esforzó por sonreír. Entre Crest y el cabo taparon de nuevo el barril. Luego fueron a la cocina.
Crest sacó el tubo de la vitamina C.
—¿Quiere una, cabo? —invitó.
—Gracias —aceptó Banquire.
Aline también tomó su tableta. Luego empezó a moverse entre los cacharros de cocina.
—¿Toma usted mucha vitamina C, doctor? —preguntó Banquire.
—Una tableta, como mínimo, al día, mientras no dispongo de legumbres o verduras frescas. Había naranjas y limones en la tienda de Camp Shawanee, pero se acabaron hace algunas semanas.
—Y entonces recurrió a las tabletas.
—A mediados del invierno, un leñador notó síntomas de escorbuto. Le dije que se curase con fruta o verduras frescas o, en su defecto, con vitamina C. El tratamiento surtió efectos.
Momentos más tarde, se sentaban a la mesa. Al terminar, Aline dijo que quería hacer un análisis de la sangre del joven.
—No hay inconveniente —accedió Crest.
El examen dio un confortador resultado negativo.
—Ni un solo hexápodo —informó Aline.
—Es una buena noticia —sonrió Banquire—. Creo que tiene por ahí una máquina de escribir, doctor.
—Sí, cabo.
—Necesitaré también papel. He de empezar a redactar mi informe. Ah, y si no tienen inconveniente, pasaré la noche aquí,

aunque sea en un sillón; ya empieza a oscurecer y no me gustaría perderme en el camino a Camp Shawanee. Aparte de que mañana quiero ir a ver al doctor Kahawan y me pilla más cerca.

Crest entornó los párpados.

—Ésa es una excursión en la que me gustaría acompañarle, cabo —dijo Crest, repentinamente serio.

* * *

La máquina tecleaba rítmicamente. Crest, enormemente aliviado, fumaba una pipa, sentado frente al fuego.

Aline asomó en la puerta del laboratorio y chistó suavemente, para llamar la atención del joven, sin distraer a Banquire. Crest se puso en pie y se acercó a la muchacha.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Venga, quiero enseñarle algo —contestó Aline.

Crest la siguió. Ella le indicó el microscopio.

—Mire ahí y dígame qué es lo que ve, Jim.

El joven obedeció. Momentos más tarde, volvía los ojos hacia Aline.

—Sólo hay hexápodos muertos —exclamó, asombrado.

Aline sonreía enigmáticamente. Tomó una segunda muestra de la sangre de Gillais y puso en ella una gotita de un líquido que había en un tubo de ensayo preparado. Luego colocó el portaobjetos sobre la platina.

—Ahora, mire, Jim —ordenó.

Crest obedeció. Atónito, contempló las convulsiones de los hexápodos, que se agitaban frenéticamente unos instantes y luego morían.

—¿Qué les ha dado? —preguntó.

—Una solución de vitamina C, a menos del uno por mil. Y con menores concentraciones, también mueren, aunque, lógicamente, con más lentitud. Por eso está usted vivo, Jim, porque ha tomado la vitamina C con regularidad.

Crest abrió una boca de palmo.

—¡Rayos! ¡Eso no se me había ocurrido a mí! —exclamó—. Pero, usted, ¿cómo…?

—Pensando mucho, Jim. La infección en usted parecía irremediable, pero de pronto se detuvo, cedió y desapareció. Puesto que no había empleado ninguna medicina ni mucho menos antibióticos, que sabemos son inofensivos para esos monstruos, algo debía haber en su organismo que eliminase a los hexápodos. La verdad, hice la prueba a la desesperada… pero salió bien.

—De modo que pensó en la vitamina C…

—Sí, Jim.

—Pero Gillais y Cutcheon también la tomaban ¿Por qué ellos resultaron infectados y yo no?

Aline se encogió de hombros.

—No puedo responderle, Jim —dijo.

Crest chasqueó los dedos.

—Y ahora sabemos por qué murió el hexápodo que hay en el barril. Cayó una gota de sangre en el agua y la ingirió casi en el acto.

—Así es, Jim; pero eso no soluciona el enigma en lo referente a los dos muertos.

De súbito, Crest dio media vuelta y volvió a la sala, caminando a grandes zancadas. Ella, intrigada, le siguió, corriendo.

Crest llamó a Camp Shawanee.

—Rim, ¿toman ustedes vitamina C? —preguntó.

—Oh, doctor, hace más de veinte días que se agotaron las existencias en la tienda. Algunos ya empezaban a notar molestias, pero, por fortuna, el cabo Banquire trajo una caja de tubos, que le pedí yo cuando le llamé a su puesto de Kenner Cross.

—Gracias, Rim, celebro la mejoría de los enfermos.

Crest cortó la comunicación.

—Ahora ya sabemos que tanto Gillais como Cutcheon llevaban días enteros sin tomar vitamina C. Ignoramos cómo actúa la vitamina en el organismo de los hexápodos, pero lo cierto es que resulta una defensa eficacísima, aunque sólo se ingiera una tableta diaria. Ellos se quedaron sin defensas, simplemente.

Aline hizo un gesto afirmativo.

—Pero eso no soluciona el origen de los hexápodos —objetó.

—Tal vez encontremos mañana esa solución —contestó él.

* * *

A las ocho de la mañana del día siguiente, estaban listos para partir en dirección a la casa del profesor Kahawan.

Crest contempló el árbol tronchado, cuyo aspecto no había variado en absoluto.

—Me pregunto por qué lo partió —dijo.

—Tal vez fue un gesto maquinal de rabia, por verse en semejante estado —apuntó Aline.

—Es probable —convino él.

El perro meneaba alegremente la cola.

—¿Viene con nosotros? —preguntó Banquire, mientras se calzaba los guantes.

—Sí, y también llevo mi escopeta —contestó Crest—. *North* nos resultará muy útil si nos encontramos con Littin.

—Está bien, vámonos.

Subieron al oruga, que pertenecía al campamento de leñadores. El de Gillais quedaba abandonado por el momento.

—Lo desinfectaremos con una buena solución de vitamina C —dijo Crest en el momento en que el vehículo iniciaba la marcha.

El camino había quedado completamente oculto por la nieve que, en algunos puntos, alcanzaba dos metros de altura. Las orugas del vehículo, sin embargo, facilitaban la marcha, que, no obstante, debía realizarse a velocidad moderada, a fin de evitar accidentes imprevisibles.

La distancia que debían recorrer era de unos cinco kilómetros. La velocidad del oruga no superaba los quince por hora y raras veces alcanzaba los veinte. De pronto, cuando llevaban un cuarto de hora de marcha, vieron algo que les llenó de asombro.

—¡Cielos! ¿Qué gigante ha empleado su hacha en este sector del bosque? —exclamó Banquire.

Crest se sentía estupefacto. Había numerosos árboles tronchados, rotos, tal como había definido Banquire, con evidente exageración. Pero el joven se dio cuenta de que los árboles habían sido quebrados en sentido descendente.

En los primeros sólo faltaba la parte alta de la copa. A medida que la vista se adentraba por la ancha trocha que tenían ante los ojos, las líneas de rotura descendían más, hasta quedar a ras del suelo.

Los árboles tronchados habían saltado a gran distancia.

Cualquiera que fuese la cosa que había producido aquel singular fenómeno, había abierto en el bosque una brecha de más de veinte metros de ancho por cien de largo.

De repente, Crest creyó encontrar la explicación:

—¡El meteorito! —dijo.

—¿Un meteorito? —repitió Banquire—. No tenía noticias…

Crest abrió la portezuela de la cabina.

—Hay raquetas —aconsejó el cabo.

Crest siguió la recomendación. Aline también se colocó unas. Banquire les imitó.

La nieve había recubierto el rastro dejado por el meteorito al tocar el suelo. De pronto, vieron un gran montón de nieve a cincuenta o sesenta pasos, justo allí donde terminaba el sector de árboles tronchados.

—Doctor, eso no me parece un meteorito —observó Banquire—. Y si hubiese sido un cuerpo celeste, en Edmonton habría noticias, porque lo habrían señalado los sismógrafos.

—Entonces, ¿qué diablos es?

Avanzaron un poco más. Con la mano enguantada, Crest limpió parte de la nieve que cubría aquel extraño objeto.

Una superficie de metal muy brillante, apareció ante sus ojos. Dicho metal, sin embargo, no poseía una absoluta lisura, pero las irregularidades que se advertían en su superficie eran mínimas. A Crest le pareció que solamente estaba a falta del acabado de pulimento. Pero era un detalle, estimó, que no tenía excesiva importancia.

Limpió un poco más la nieve. *North* corría de un lado para otro, meneando la cola, a la vez que lo olfateaba todo. Aline y el cabo no parecían menos atónitos que el joven.

—Doctor, ¿sabe usted lo que me recuerda esto? —preguntó Banquire de pronto.

Crest asintió. También él pensaba lo mismo.

Con ayuda de unas ramas tronchadas, limpiaron una buena parte de la nieve que cubría aquel singular artefacto. Dos ventanillas encristaladas, de forma circular, aparecieron ante los ojos de las tres personas.

La verdad sobre el singular descubrimiento que acaban de hacer penetró en sus mentes. Banquire exclamó:

—¡Es un platillo volante!

—Una nave espacial extraterrestre —corroboró Crest, no menos anonadado que sus dos acompañantes.

CAPÍTULO XIV

De pronto, *North* empezó a ladrar, a la vez que escarbaba la nieve en determinado punto. Crest corrió hacia allí y movió sus manos con frenesí. Aline y el cabo se le unieron en la tarca.

A los pocos minutos, comprendieron los motivos de los ladridos del can. Una escotilla, de forma ovalada, apareció medio abierta ante sus ojos. La enguantada mano de un hombre asomaba por el hueco.

Banquire avanzó un paso, después del sensacional hallazgo.

—¡Quieto, cabo! —exclamó Crest perentoriamente—. Si estamos, como todo parece indicarlo, ante unos seres extraterrestres, lo mejor será que se ocupen de este asunto las autoridades competentes.

—Pero puede haber alguno vivo…

—La ventisca les impidió salvarse, suponiendo que no murieran en el choque. Quizá sólo este desgraciado salió indemne en los primeros momentos, pero las fuerzas debieron de fallarle al llegar a la escotilla y pereció como los demás. Por otra parte, hemos de contar con los gérmenes nocivos que, sin duda, llegaron en esta nave espacial y cuyas consecuencias ya conoce usted. Es cierto que conocemos el medio de combatirlos, pero no disponemos en estos momentos de las suficientes cantidades de vitamina C para una desinfección a fondo.

—Los gérmenes se pueden propagar, doctor —alegó Banquire.

—Con estas temperaturas, no —contradijo Crest—. Después, cuando mejoro el tiempo, será cosa de venir a este sector del bosque y desinfectarlo a fondo. Por ahora, lo mejor que podemos hacer es dejar todo como está.

—Muy bien, doctor. —El cabo suspiró—. Lo que daría por echar un vistazo al interior de esa astronave.

Crest sonrió.

—Yo también —dijo—. Y, más todavía, tirar algunas placas, pero, francamente, no me atrevo a entrar ahí.

—Un platillo volante —murmuró Aline, pensativa—. Entonces, no hubo meteorito.

—No. Sin duda calculó mal su entrada en la Tierra y se estrelló. ¡Dios sabe de qué mundo remoto venían estos desgraciados! —exclamó Crest.

El cadáver del tripulante estaba boca abajo, cubierta la cabeza por un casco de vuelo, que impedía ver detalles de sus facciones. La tela de su traje, apreció Crest, parecía muy fina y sedosa, de un color amarillo suave, sin insignias de ninguna clase.

Llamaré por radio a Camp Shawanee —dijo Banquire—. Es preciso que en Edmonton sepan lo que pasa, aunque me parece que éste es asunto de la Fuerza Aérea.

Crest asintió. Se sentía muy emocionado, ya que se daba cuenta de que casi con toda seguridad, era uno de los primeros seres que contemplaban una nave extraterrestre. Pero allí, por el momento, no podían hacer nada.

Banquire hablaba por radio con Lemaire. Crest oyó perfectamente las exclamaciones de asombro del leñador, al enterarse de la presencia del artefacto. Lemaire dijo que llamaría inmediatamente a Edmonton y luego añadió que iría a contemplar el platillo volante.

—Si quiere vivir, no se mueva del campamento, Rim —dijo Banquire tajantemente—. Por ahora, prohíbo que nadie se acerque a estos lugares. Podría originarse una epidemia de proporciones incalculables y debemos evitarlo a toda costa.

—Está bien, cabo —se resignó Lemaire.

Banquire cortó la comunicación. Luego hizo una señal con la mano.

—¡Todos a bordo! —exclamó.

* * *

La casa del profesor Kahawan apareció súbitamente ante los ojos de los viajeros, rodeada de pinos y abetos, la mayoría cubiertos de nieve. Era una construcción amplia, de una sola planta, edificada en

madera y, según su aspecto exterior, muy confortable.

El oruga se detuvo ante la puerta. Banquire tocó el claxon para advertir a los habitantes de la casa y luego, siguiendo a los dos jóvenes, saltó al suelo.

La puerta se abrió momentos después. Un hombre de buena estatura, casi calvo, con gruesos lentes de montura de concha y de unos cincuenta años de edad, apareció en el umbral.

—¡Hola, cabo! —exclamó el profesor Kahawan. De pronto se fijó en la pareja y se sintió extrañado—: Doctor, señorita…

—¿Qué tal, profesor? ¿Podemos pasar? —solicitó Crest.

Kahawan se echó a un lado. Entonces, Crest se fijó en que llevaba la mano derecha vendada y sostenida por un cabestrillo.

—¿Qué le sucede, profesor? —preguntó.

—Me corté hace un par de días. Nada de importancia, pero el corte era un poco largo y he creído conveniente tener la mano inmóvil.

—Si no le importa, me gustaría ver su herida. También soy médico, profesor.

—No es necesario, colega. —Kahawan se fijó entonces en la muchacha—. ¿Qué hace aquí esta señorita? —inquirió.

—¿Por qué lo pregunta, doctor? Usted la conoce bien, puesto que la tuvo como ayudante. ¿No es así, Aline?

La muchacha guardó silencio. Crest se dio cuenta de que estaba como en trance, respirando rítmicamente y con los ojos muy abiertos, aunque sin fijar la mirada en ninguna parte.

—Mi ayudante se llamaba Jane Johnson —dijo Kahawan con aspereza.

—Y usted la despidió por incompetente.

—Sí.

—En tal caso, ¿cómo es que no volvió por Camp Shawanee, para tomar el avión de vuelta a Edmonton?

Hubo un momento de silencio, roto prestamente por Banquire:

—El doctor le ha hecho una pregunta muy interesante. Le ruego la conteste, profesor —dijo.

—Se perdería en el camino…

—¿Y no se preocupó más de ella?

—Bastantes preocupaciones tengo yo con mi trabajo, para andar pensando en una mujer estúpida, negligente y llena de ignorancia

—respondió Kahawan de mal talante.

—Esa mujer era un ser humano, profesor —dijo Crest—. Usted la contrató y era responsable de ella, por lo menos, hasta la vuelta a Camp Shawanee.

—Diríase que me están acusando de asesinato —exclamó Kahawan altaneramente.

—Por lo menos, de negligencia criminal; aunque no por el caso de Jane Johnson, afortunadamente viva, sino en el caso de su ayudante Joe Littin. Y de este caso, se derivan los de Pete Gillais y Bob Cutcheon, muertos en horribles circunstancias, como tal vez su ayudante Littin. Y quizá usted mismo también, profesor —dijo Crest con acento acusador.

—¿Cree que él es culpable, doctor? —preguntó Banquire.

Los ojos del joven fueron hacia *North*, que enseñaba los dientes, a la vez que gruñía amenazadoramente.

—Cabo, usted me conoce y sabe que soy médico —dijo—. Ordene al profesor que me permita examinar su herida.

—¡Profesor…!

Kahawan no dejó que Banquire siguiera hablando. Dio un paso atrás y exclamó violentamente:

—No, no lo permitiré. Yo mismo me he curado y me encuentro perfectamente.

—Tal vez con la garra de un monstruo, en lugar de la mano que Dios le dio al nacer —dijo Crest fríamente.

* * *

Un inmenso silencio descendió súbitamente sobre la sala. Aline continuaba con su misma expresión ausente, ajena por completo a lo que sucedía a su alrededor.

Kahawan pareció derrumbarse de pronto.

—Sí, es cierto —dijo al cabo—. Me estoy convirtiendo en un monstruo. Y lo peor de todo es que no tengo remedio. Acabaré como Littin…

—¿Qué experimentos realizaba usted? —preguntó Crest.

—Creación de células artificiales, aptas para vivir y reproducirse como las naturales. Este ambiente es muy bueno para mis

experimentos, una atmósfera limpia de contaminación, bajas temperaturas naturales, asepsia…

—Y un fallo en sus experimentos, que dio origen a unos seres nuevos, desconocidos hasta ahora en la Tierra.

—No sé lo que pudo pasar —dijo Kahawan abatidamente—. Tal vez un cálculo errado en mis fórmulas… De repente, Littin empezó a cambiar de aspecto y horrorizado, escapó…

—Usted me dijo que lo había despedido —recordó Crest.

—No me atrevía a contarle la verdad. Confiaba en que hubiese muerto de frío.

—Pero no sólo no ha sido así, sino que propagó la enfermedad y dos hombres sanos y fuertes murieron horriblemente.

—Lo siento, lo siento —dijo Kahawan con voz apagada—. Juro que mis intenciones no eran ésas. Yo sólo quiero el progreso de la ciencia.

—En el caso de la señorita Rambault no miraba usted mucho la ciencia —exclamó el joven—. Mírela, está ausente, sujeta a un fuerte trauma psíquico. ¿Qué le pasó?

—Vio a Littin cuando sufría su transformación y se desmayó. La dejé en un diván. Cuando volví, ella había escapado.

—Doctor —intervino Banquire—, debería atender a esa pobre chica. No me gusta su aspecto.

—No se preocupe, cabo; estoy por asegurar que muy pronto se recobrará por si misma del *shock* que sufrió. Pero me gustaría que el profesor nos explicase por qué dijo que su ayudante femenino se llamaba Jane Johnson.

—¿Es que no lo comprenden? —gritó Kahawan—. No quería que se supiese lo que había pasado aquí… Me imaginé que ella no recordaría nada…

—Lemaire me dijo también que se llamaba Jane Johnson.

—Yo hablé con uno de los leñadores, en un momento en que Lemaire no estaba en la emisora del campamento, y le dije que me había enterado de que la chica había falseado su nombre y que el verdadero era Jane Johnson.

—En tal caso, lo que pretendía era dificultar la investigación.

—Aline Rambault es de Calgary —terció Banquire, sorprendentemente.

—Usted no nos dijo nada —exclamó Crest, asombrado.

—Ella tiene allí su familia. Cuando vimos que nadie sabía nada en Edmonton o en Montreal, seguimos investigando. Pero preferí callar, hasta conocer la verdad —explicó el policía.

—Bien, éste es un asunto resuelto y yo me ocuparé de que Aline se recupere por completo —dijo Crest resueltamente—. Pero ahora voy a ocuparme del profesor.

—No tengo remedio, estoy perdido —contestó Kahawan con voz sorda.

—Está equivocado; yo conozco el remedio, profesor. ¿Tiene tabletas de vitamina C a mano?

—Hace bastantes días que no tomo, aunque creo que deben de quedarme algunas en el laboratorio. Pero ¿qué tiene que ver…?

—Vaya y tráigalas —indicó Crest—. De momento, se tomará tres o cuatro de golpe. Luego le haremos un análisis de sangre y…, una pregunta, profesor. ¿Por qué se produce la transformación del cuerpo humano afectado por esos seres microscópicos?

—Podría definirse como una reacción de defensa. El cuerpo humano en estado normal resulta muy vulnerable para ellos y así fabrican esa piel escamosa y córnea, con la que se protegen mucho mejor.

—Sí, es posible —convino el joven pensativamente—. Ande, vaya y tráigase las pastillas, profesor.

CAPÍTULO XV

Banquire se extrañó de la acción del joven.

—Podríamos haber ido con él al laboratorio, ¿no cree? —dijo.

—Es que prefiero estar unos momentos a solas con Aline. Voy a ver si logro que se recobre…

De súbito, se oyó un distante rugido.

Un agudísimo chillido sonó en el acto:

—¡No, Joe, no!

North empezó a gemir y se agazapó debajo de un diván. Crest y el cabo, con sus respectivas armas, corrieron hacia el laboratorio. Aline, al oír los gritos, pareció salir de su estatismo y, tras una ligera vacilación, siguió a los dos hombres.

Al llegar a la puerta del laboratorio se encontraron con un horrible espectáculo. Kahawan estaba en el suelo, prácticamente oculto bajo una masa informe, de color verdoso oscuro, que se agitaba con espasmódicas sacudidas. La mano sana del científico sobresalía por debajo del monstruo, vertiendo chorros de sangre por distintos puntos.

La otra mano había perdido los vendajes y rasgaba con sus uñas el costado de su atacante, quien no parecía notar el dolor. De pronto, la mano pareció aumentar de tamaño a la vez que se fundía con el cuerpo del monstruo en que se había convertido Littin.

Era una escena horripilante. Crest se dio cuenta de que el tamaño del monstruo había aumentado considerablemente.

Pero más todavía: crecía a ojos vista.

Los gritos y los movimientos de Kahawan habían cesado ya. La mano izquierda, sana, empezó a transformarse. Crest creyó entender lo que sucedía. Littin, tal vez con los últimos vestigios de inteligencia, dándose cuenta de que estaba irremisiblemente perdido, había querido vengarse del hombre que le había empujado a convertirse en un monstruo.

En pocos minutos, el ser alcanzó unas dimensiones enormes. Crest calculó que no medía menos de cinco metros de largo por dos de grueso. Y, además, surgían nuevas extremidades en distintos puntos de aquella horrible estructura.

—Es la mutación continua, incesante —adivinó.

—Tenemos que hacer algo, doctor —reaccionó Banquire—. No podemos consentir que esa horrible cosa crezca y se propague…

Crest meneó la cabeza.

—No hay más que una solución —dijo.

El ser empezó a arrastrarse lentamente. Detrás de él quedaban las ropas de Kahawan, pero no se veía el menor rastro de su cuerpo.

—¡Pronto, cabo, el petróleo!

Los dos hombres echaron a correr al cobertizo donde se hallaban los repuestos de la casa. Volvieron cada uno con dos latas y arrojaron su contenido en torno al cuerpo del monstruo.

—No corre mucho —observó Banquire.

—Usted, cuando está haciendo la digestión de una buena comida, tampoco podría correr mucho, ¿verdad?

Banquire se tapó la boca con una mano.

—No haga comparaciones de esa clase, doctor —pidió, aguantándose heroicamente las náuseas que sentía.

Crest volvió al cobertizo y trajo dos nuevas latas, que lanzó junto al cuerpo del monstruo, en el cual, estaba seguro, ya no quedaba el menor rastro de inteligencia. Y si Littin pensaba todavía, se sentía firmemente convencido de que le agradecería lo que iba a hacer.

—Atrás, vámonos —dijo.

Había encendido ya una lámpara de petróleo, con la mecha al máximo. Desde la puerta, la arrojó con violencia contra el suelo.

Una enorme llamarada brotó en el acto. Casi atropellándose, salieron los tres de la casa, seguidos de *North*, que ladraba incesantemente.

Banquire montó en el oruga y lo retiró a una distancia prudencial. El incendio tomaba un fortísimo incremento y ya no había fuerza humana capaz de detenerlo.

Un agudo bramido surgió de las llamas. Pareció subir a gran altura y, luego de un par de trémolos vacilantes, se extinguió por completo.

Aline parecía recobrarse. Crest pasó un brazo por sus hombros; ella no opuso ninguna objeción al gesto.

Durante un largo rato, contemplaron el incendio, hasta que el edificio quedó consumido por completo.

El petróleo de las reservas contribuyó eficazmente a borrar todo rastro viviente de la casa.

—Me siento un retrógrado —dijo Crest, después de largo rato de silencio—. Había ahí tantas cosas interesantes para la ciencia…

—La ciencia peca cuando pasa de ciertos límites, doctor —manifestó Banquire sentenciosamente—. La investigación científica es siempre muy útil; sin embargo, cuando se llega a ciertos extremos, se corre el peligro de desencadenar males que nadie puede atajar o que sólo se cortan después de haber causado innumerables víctimas. No me alegro de lo sucedido, pero estimo que ha sido la mejor solución.

Crest asintió. Los argumentos del cabo eran irrefutables.

—Regresemos —propuso Banquire.

Emprendieron la vuelta. Detrás de ellos ya no quedaban más que algunos maderos humeantes. Dada la abundancia de nieve, no se corría el riesgo de que el incendio se propagase al bosque.

—Y yo que llegué a pensar que esos gérmenes habían llegado con el meteorito, que ha resultado ser un platillo volante —dijo Crest, cuando ya estaban en marcha.

—El platillo volante nos creará otro serio problema —supuso Aline, ya recobrada—. No sabemos qué clase de seres eran sus tripulantes ni qué enfermedades extrañas puedan traer consigo en estado latente. Por ahora, el frío impide su propagación, pero será preciso tomar todo género de precauciones cuando llegue el momento de examinar la nave y a sus desgraciados ocupantes.

De repente, cuando llegaban al lugar donde estaba el platillo volante, vieron descender un helicóptero.

El aparato tomó tierra en las inmediaciones. Era de gran tamaño y una docena de hombres, casi todos armados con pistolas ametralladoras, corrieron hacia el oruga.

—Soy el coronel Cranston —se presentó el que parecía mandar la tropa—. Me acompaña el coronel Mac Donnell, de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

El mencionado avanzó un paso.

—¿Son ustedes los que han encontrado ese aparato? —preguntó.

—Así es, coronel —respondió Crest, quien, inmediatamente, procedió a las oportunas presentaciones—. A lo que parece, no hay supervivientes, —añadió.

—Lastimoso —dijo Mac Donnell—. Doctor, en nombre de mi gobierno, de acuerdo con el del Canadá, les ruego guarden absoluto secreto sobre el hallazgo de ese aparato.

—No hay inconveniente, coronel, aunque, como médico, me permito sugerirle extremen las precauciones sanitarias, ya que no sabemos qué enfermedades podrían propagar esos seres del espacio…

—¡Seres del espacio! —respingó Mac Donnell—. Eran oficiales de la Fuerza Aérea, doctor, y el aparato es un prototipo que probábamos en el más absoluto secreto.

Crest comprendió la verdad en el acto.

—Entonces, no hay tal platillo volante…

Mac Donnell sonrió.

—Quizá, en el futuro —contestó.

Banquire suspiró.

—Lo siento por los tripulantes, pero yo ya me había hecho a la idea de convertirme en un personaje famoso… Bien, coronel, el platillo volante es suyo; nosotros tenemos otras cosas más terrestres que solucionar. ¿No es cierto, doctor, señorita Rambault?

—Sí —contestaron Crest y Aline al unísono.

* * *

Aline llamó desde la cocina:

—¡Jim, el café está listo!

Crest se puso en pie, sin quitarse la pipa de la boca. Llegó a la puerta de la cocina y se apoyó en una de las jambas.

—Aline, estaba pensando en dos cosas —dijo.

—¿Sí, Jim?

—Hubo un momento, cuando encontramos el platillo volante, que llegué a creer que tú eras una mujer extraterrestre.

Ella se echó a reír.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó.

—Hace unas noches, estabas en el cobertizo y cantabas en un idioma que me es absolutamente desconocido. Francamente, entonces incluso ya especulé con un platillo volante y no un meteorito.

—Oh, es dialecto bretón. Esa canción me la enseñó mi abuela, cuando yo era una niña. Ella nació en Bretaña y, a los veinte años, se casó y vino a vivir al Canadá con su esposo.

—Comprendo. Pero ahora te diré la segunda cosa en que pensaba, y es que hemos pasado unos días bastante malos. Creo que nos convendría ausentarnos algunas semanas.

—Lo que tú digas, Jim.

—¿Cómo te encuentras, Aline?

—Muy bien, recuperada por completo.

Crest entornó los ojos.

—Tú viste a Littin cuando empezaba a transformarse, contagiado por aquellos horribles seres creados por Kahawan. Te desmayaste y luego, al despertar, escapaste de un lugar en el que no querías permanecer. Kahawan tenía un genio infernal y, estoy seguro, debía de tratarte poco menos que a zapatazos.

—Sí, Jim, así era —concordó Aline—. Yo pensaba dejarle apenas volviese el buen tiempo, pero los acontecimientos se precipitaron…

—Y la caminata a través de la ventisca, contribuyó aún más a dañar tu mente.

Sencillamente, parte de tu cerebro se negaba a recordar algunos hechos, eso es todo.

—Ahora recuerdo todo a la perfección.

—Incluso que eres de Calgary y que tienes el título de doctora en medicina —sonrió él.

—Sí, Jim.

—Tus padres viven en Calgary. ¿Qué dirían si yo fuese a pedirles tu mano?

Aline le dirigió una cálida sonrisa.

—No creo que se opongan —contestó.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.